

**Vista de la puerta de S. Pablo en Basilea.**  
TOMO II. 25 de Junio de 1844.



## ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

### BASILEA.

Basilea es la ciudad mas grande de toda la Suiza. Está situada al norte de la gran cadena del Jura, que forma la barrera septentrional de la Suiza, de que parece desclavada. El Rin que la atraviesa, se vuelve repentinamente hácia la Alemania al salir de sus murallas. La ciudad se eleva sobre las dos orillas de este rio magestuoso: la grande Basilea, que cubre la orilla izquierda, es la parte mas antigua y considerable de la poblacion. Un solo puente forma la comunicacion de la grande y pequeña Basilea: en uno de los extremos de este puente está colocado ese relój tan célebre en otro tiempo entre todos los de la cristiandad, respecto de los cuales iba siempre una hora adelantado. Hoy ha desaparecido esta singular diferencia.

Basilea contiene edificios públicos y particulares, bien contruidos: esta circunstancia y la de ser sus habitantes activos é industrioses hacen de esta ciudad una mansion sumamente agradable. Si Ginebra le sobrepuja mucho por su poblacion, llévale en cambio Basilea la ventaja de que sus moradores no estan hacinados los unos sobre los otros como en un hormiguero.

Pocas vistas hay tan bellas como la que se disfruta desde la plaza que se estiende delante del *Munsterkirche* ó catedral de Basilea, pues domina esta altura toda la ciudad, el Rin y una gran parte de territorio alemán.

Bajo el aspecto arquitectónico la catedral de Basilea solo es notable por el color rojizo de la piedra con que está construida, color que á primera vista parece aplicado á propósito, con tanta mas razon cuanto que la mayor parte de las casas de Basilea están realmente pintadas en el exterior. El célebre *Hohbein*, de quien es patria Basilea, es el autor de muchas pinturas que todavia se ven en algunas casas. En ellas hizo su aprendizaje ese gran artista que debia mas tarde decorar los palacios de los grandes y de los príncipes.

Los restos de *Hohbein* no reposan en la catedral de Basilea; pero este templo encierra las cenizas de otros muchos de sus hijos que tambien han dejado gran nombradía. Erasmo, sabio literato y gramático, los Bernouilli, familia de geómetros, algunos de los cuales han hecho grandes descubrimientos, y multitud de hombres que ocuparon en su tiempo un puesto honroso en el mundo científico. Hoy los habitantes de Basilea no emplean su actividad en especulaciones intelectuales, si no en objetos materiales y positivos. Al pueblo de eruditos ha sucedido un pueblo de industriales; pero de que ciudad de Europa no puede decirse otro tanto?

El banco es el principal comercio de Basilea. La fabricacion de gorros tenia antiguamente cierta importancia; reducida hoy á un triste estado ha sido reemplazada por la fabricacion de cintas que ha tomado en estos últimos años el mayor desarrollo. Dificilmente se hallará un campesino que no tenga en su casa un telar de cintas, ó alguna hacienda donde no se halle un taller de este género. Las gentes del campo se han proporcionado con esta clase de industria algunas conveniencias, y su carácter

se ha resentido un poco de sus nuevas costumbres industriales, pues se han vuelto comerciantes con algun menoscabo de la agricultura.

Aunque desde la revolucion de 1789, hayan sido toleradas en Basilea personas de todos colores y religiones, continuase escluyendo á los judios como en los tiempos pasados.

Generalmente existe en Suiza una grande aversion contra los judios, y los cantones protestantes los rechazan del mismo modo que los católicos. Vénse algunos en las ferias, pero parten antes de anocheecer, por que si los hallasen de noche en ciertos parages, les aplicarian castigos severos.

A pesar de todas las revoluciones políticas que han agitado á la Suiza, ha podido perpetuarse un uso antiguo, que consiste en fijar esteriormente en las ventanas un espejo destinado á reflejar en las salas todos los objetos que pasan por las calles. Encerradas en sus habitaciones las damas de Basilea necesitan esta distraccion para entreteener las largas horas que sus maridos pasan en la Bolsa ó detrás del mostrador. Raras veces se dan bailes ni tertulias, porque las costumbres conservan el sello de antigua severidad.

Los viajeros no se olvidan de visitar la antigua sala en que se celebraban las conferencias de ese famoso concilio de Basilea, que se reveló contra el papa Eugenio IV, le declaró destituido de la sede pontifical, y dió la tiara á un duque de Saboya, que tomó el nombre de Felix V, el cual hizo dimision mas tarde y reconoció la autoridad de Roma. En la actualidad no queda otra cosa que los bancos de madera en que se sentaban los miembros del concilio, y los cuales se han conservado cuidadosamente con las grandes manchas de tinta que los doctos padres echaron en ellos. En una pieza inmediata á esta sala, celebrábanse en otro tiempo los ejercicios públicos de la universidad de Basilea, y todavia se enseña á los viajeros en una de las cátedras de madera, un perfil de Erasmo sumamente parecido, hecho con el cortaplumas de algun maligno escolar. Un retrato muy notable de este sabio existe en la Biblioteca de Basilea; esta obra maestra en que la naturalidad del pincel está unida á la finura de la espresion, es del mismo *Hohbein*. Consérvanse tambien en dicho edificio muchas cartas originales de Erasmo, un ejemplar de su obra, *Elogio de la locura*, llenas sus márgenes de adornos hechos con pluma por el mismo pintor; finalmente alli estan guardados tambien su testamento, su escritorio, su sello y hasta la pluma de que se sirvió en sus últimos momentos.

A corta distancia de Basilea, en el sitio en que el camino de Moutiers se separa de el que conduce directamente á la ruinas del lazareto de Santiago, han elevado hace algunos años los vecinos de Basilea un monumento en honor de un combate heroico sostenido por mil seiscientos suizos contra todo el ejército de uno de nuestros reyes.

El pueblo luchaba entonces en Suiza, hacia ya mas de un siglo, contra los últimos restos del poder feudal, y el Austria no se hallaba en estado de reducirlos á su yugo; invocó el auxilio del rey de Francia Carlos VII, quien se aprovechó de esta ocasion para desembarazarse de una plaga de soldados, ó mas bien de bandidos asalariados, co-



nocidos con el nombre de Armagnacs, que le eran inútiles desde su paz con Inglaterra. El hijo de Carlos VII, Luis, se puso a la cabeza de esta expedición, y se dirigió por Altkirch contra Basilea, donde á la sazón se había reunido el concilio.

Al saber la invasión francesa, mil seiscientos suizos se destacaron precipitadamente para reconocer al enemigo, y prestar en caso de apuro algunos socorros á la ciudad. Despues de haber marchado toda la noche, al rayar el día encontraron la vanguardia enemiga, que dispersaron, y ciegos y alucinados los soldados con tan fácil victoria, cargaron, á pesar de las órdenes de sus gefes, contra el grueso del ejército francés cuya gruesa artillería y hombres de armas, cubiertos de hierro, introdujeron pronto el desórden en sus filas. La mitad de los suizos cayó en el campo de batalla; el resto se retiró al cementerio de Santiago, donde se atrincheró y sostuvo un sitio heroico. Tres veces dieron los franceses el asalto, haciendo gran carnicería en cada uno de ellos, y perdiendo por su parte considerable número de hombres. Acribilladas por el cañon desplomáronse las paredes del cementerio, refugiándose los suizos en las salas del hospital, en la capilla y en la torre, que la domina; pero no tardaron en caer todos estos edificios unos tras otros en medio de las llamas, sepultando bajo sus ruinas humeantes la mayor parte de los sitiados. Y como los demas se negasen á rendirse, los coraceros franceses echaron pie á tierra y dan todos juntos el último asalto: pero los pocos suizos que aun sobrevivían sostienen el ataque y forman pronto una muralla con los cuerpos de sus agresores; preciso fué al fin para acabar con ellos, reemplazar á los coraceros con la artillería y anonadar á ese puñado de valientes, que así cumplían el juramento que habían hecho antes de partir, de *salvar á Basilea, ó entregar sus almas á Dios y sus cuerpos á los Armagnacs.*

El combate duró diez horas. De los heridos que se retiraron del campo de batalla, solo treinta y dos volvieron á la vida. Una vez trabada la pelea ninguno de ellos habia caído en las manos de los franceses sino cubierto de heridas é incapaz de moverse. Diez y seis suizos solos se retiraron antes del ataque; pero al presentarse entre sus conciudadanos, fueron degradados y declarados para siempre infames. Al remover los escombros del hospital de Santiago, se hallaron los cadáveres de cien valientes que las llamas habian separado de sus hermanos y casi carbonizado. Estaban la mayor parte apoyados de pié contra las paredes de una sala baja y con las armas en las manos. Refiérese todavia en Basilea que paseándose al anochecer por el campo de batalla sembrado de cadáveres, un noble suizo, Bernardo de Mench, que se habia batido contra los Armagnacs, exclamó al ver aquellos arroyos de sangre: «Ahora es

cuando nos bañamos entre las rosas.» Entonces un capitán de Ury, Arnoldo Schilk, que yacía herido mortalmente, se incorporó, y al retroceder el suizo, cayó entre los escombros de la torre; mientras se esforzaba por levantarse, el herido le abrió el cráneo con una pesada piedra, espirando en seguida á su lado de resultas de este último esfuerzo.

Temiendo Luis con sobrada razon el éxito de una guerra que empezaba bajo tan sangrientos auspicios, no se atrevió á penetrar mas adelante en las tierras de enemigo tan determinado. Conoció desde luego que importaba mucho á la Francia tener por aliados á tan temibles adversarios, y desde la sangrienta accion que acabamos de describir data la alianza de esta union con la Suiza. Por espacio de tres siglos se han mostrado sus hijos fieles á su pacto con los reyes de Francia.

Cuando en 1791 invadió de nuevo el ejército francés la Suiza, para asegurar la independencia del territorio que amenazaban las potencias extranjeras, el castillo de Dornach, inmediato á Basilea, fué testigo de una estratagema de guerra que no pudieron menos de celebrar los mismos oficiales franceses. Cuando el ejército republicano se presentó delante de las murallas de este antiguo castillo, el general creyó tener que habérselas con una fuerte guarnicion, y sobre todo con numerosa tropa de emigrados. Pero hacia tres siglos que el castillo de Dornach era la pacífica residencia de un baile de Soleure, y solo contenia entonces dentro de sus muros á un antiguo oficial del regimiento de Vigier, un sarjento, siete soldados y un tambor. El comandante de la guarnicion quiso aprovecharse del error del general francés para salvar la plaza. Durante dos días, sus hombres que se multiplicaban, sirvieron lo mejor que pudieron la escasa artillería del castillo, y el único tambor que no cesaba de tocar á derecha é izquierda con sonidos diferentes, aumentaba el efecto que aquella resistencia producía. Transcurridos los dos días se intimó la rendición á la plaza, y su comandante capituló bajo la condicion de que habia de salir con armas y bagajes y con todos los honores de la guerra. Durante estos parlamentos, los siete soldados salieron sigilosamente de la plaza, dejándose deslizar por una roca escarpada; y firmada la capitulacion, se abrieron las puertas, y se vió salir al comandante precedido del tambor batiente y seguido por su sarjento. En su primer arranque de cólera al verse burlado de este modo el general francés, envió al oficial suizo prisionero á Huninga; pero no tardó en devolverle su libertad, convencido de que esta mistificacion era una buena estratagema de guerra. Este nombre de Huninga nos recuerda tambien la heroica defensa que hizo en 1815 la guarnicion francesa mandada por el general Rapp; pero siendo demasiado conocida, creemos ocioso repetirla.

## GLORIAS DE ESPAÑA.

### EXPEDICION A TUNEZ.

#### I.

Las costas septentrionales de Africa, por su proximidad á la peninsula, debieron ser desde remotos tiempos el teatro de las conquistas españolas. Este era el gran pensamiento político de los reyes católicos: conquistar y civilizar el Africa, extendiendo su dominio en unas costas situadas frente á las nuestras, y concen-

trando así el poder español, proporcionar seguridad á la navegacion y relaciones comerciales de todas las naciones del mundo. Parecia este ademas el único medio de quitar para siempre á los moros la esperanza de volverse á arrojar sobre nuestro delicioso pais, cuyas costas contemplaban con ansia desde sus abrasadoras arenas. Llevarles la guerra dentro de su propia casa era el mejor modo de hacer que no pensáran en invadir la agena. Ya habian manifestado los católicos monarcas, que no era cosa imposible limpiar las africanas costas de la guarida de piratas que las infestaban: mas los reyes que



les habian sucedido, no daban la misma importancia á su pensamiento político, y particularmente Carlos I pensaba mas en gastar las fuerzas y tesoros de España en muy remotos países y en empresas de un interés secundario para ella. Los acontecimientos sin embargo, se sucedieron de tal modo, que ya no era solo el deseo de estender el dominio español, y el de libertar al mundo de aquella plaga de piratas, lo que podia incitar á nuestros hombres de estado á enviar expediciones á el África: era ademas el orgullo nacional altamente resentido y el honor español que reclamaba pronta satisfaccion.

El famoso Barbarroja que desde pirata de las islas del Archipiélago, habia llegado á constituirse en tiránico poseedor de casi todas las regencias africanas, de quienes fuera en un principio el libertador y mas poderoso auxiliar, era el que, envanecido con sus usurpaciones, habia dado el ejemplo de contrarrestar el colosal poder de la España de Carlos I. Su hermano y sucesor Cheredin Barbarroja habia hecho blanco de sus odios á todos los príncipes africanos que pudiesen tener algun derecho al dominio de los países usurpados, y últimamente se habia apoderado de Túnez, por lo mismo que su soberano se habia puesto bajo la proteccion de la España y habia hecho alianza con ella. Deber de esta era ser fiel á los tratados y castigar la osadía de los que á insultarla se propasarán. Por esta causa cuando el emperador y rey decretó la expedicion contra Túnez y anunció su deseo de ponerse á la cabeza de ella, el entusiasmo antiguo se renovó en España. No halló entonces Carlos I la repugnancia que otras veces habian tenido los pueblos, para concederle socorros. Todos querian tomar parte en una empresa tan en armonia con el carácter belicoso de los españoles y con su antiguo y hereditario odio á las razas africanas, y consecuencia de tal entusiasmo era el grandioso espectáculo que presentaba la playa de Barcelona el 14 de mayo de 1535. Hallábase en el puerto la armada imperial, mandada por Andres Doria y don Alvaro Bazan, y las tropas expedicionarias uniformadas de nuevo, iban pasando revista y embarcándose en las naves en que habian de pasar á el África. Las guardias españolas y alemanas con don Luis de la Cueva y demas capitanes ricamente aderezados, los arcabuceros, hombres de á pie y á caballo, caballeros, pages, escuderos, los Guzmanes, Zúñigas, Fajardos y otros caballeros de nombradía, los condes de la Coruña, de Chinchon, de Velez, de Fuentes, de Orgaz, los marqueses de Cogolludo, de Lombai, de Aguilar y el de Elche, con la gente de Madrid, todos pasaban revista ante el emperador, que superaba á todos no solo en rango sino en la magnificencia de su traje; á pesar de que en aquel vistoso alarde de la grandeza española, todos los caballeros llevaban sobre los arneses y armaduras gavanes y sobrevestes de grana, seda y terciopelo con bordados de plata y oro. Apareció por fin el estandarte real escoltado por el duque de Alba y el conde de Benavente. El emperador miró complacido aquella gloriosa enseña que iba á tremolar de nuevo en las africanas costas y dada la señal de la partida, la armada se hizo á la vela entre las redobladas salvas de artillería de las naves y la plaza, atronando la playa, el mar y sus ámbitos lejanos.

## II.

Las naves españolas favorecidas por un mar apacible y fresco viento, en breve dieron vista á las costas de Africa, por la parte en que descollaban las posesiones tunecinas. El rumbo de la expedicion era hácia el castillo llamado de *la Goleta*, por su singular posicion en medio de una lengua de tierra, ancha á lo mas de quinientos pasos y situada entre el mar y un lago conside-

table. Un canal abierto desde el lago á el mar, cortaba la lengua de tierra y servia á la defensa de la plaza, á cuya vista no podia fijarse campamento mas que en un estenso arenal á la parte del norte. Efectuado felizmente el desembarco, apenas trataron los soldados de fijar sus reales en el dicho arenal, cuando echaron de ver que tenian por enemigos, no solo á los moros encerrados en la plaza, sino á todos los árabes y tribus nómades de la campiña. Singular era la táctica de aquellas gentes, y admiraba por cierto á veteranos habituados á una regular y exacta disciplina el encontrar por la vez primera tropas tan audaces como desordenadas. Pelotones de ginetes presentábanse de improviso en el horizonte, esparcianse en un momento y en caballos tan veloces como dóciles á su voz, venian sin escudo y casi desnudos á caer como una flecha sobre enemigos muy superiores en número, inquietando el campo con sus correrías y falsas alarmas y desapareciendo rápidamente en sus lijeros caballos antes de que pudiesen perseguirlos. El caballo es el que sostiene la fiera independencia del árabe: sin él, no pudiera vivir en su patria, que es el desierto, ni lograr su placer, que es el combate.

Entonces que el interés de la propia conservacion y el cebo del pillage unian estrechamente á varias tribus antes rivales, pronto se echó de ver que mediaba inteligencia entre los moros de la plaza y los árabes de la campiña. Cuando se receló un ataque mas serio, indispensable fué tambien disponer el ejército expedicionario de modo que pudiese resistir los combinados ataques del enemigo. Una parte de las tropas quedó á vista de la plaza; aunque encerrada dentro de los límites y trincheras del campamento, mientras que toda la otra parte disponible salió á la llanura al encuentro de los árabes. Estos fueron los que atacaron los primeros. Vinieron cual una inmensa bandada de pájaros á estrellarse contra la muralla de aquellos hombres de hierro, que á pié firme los esperaban, y así que vieron paralizado el efecto de su impetuoso ataque volvieron brida con la misma rapidez. Sin embargo, muchos caballos se volvieron solos, porque los ginetes quedaban tendidos en la llanura.

Apenas los moros de la *Goleta* observaron desde sus almenas que las principales fuerzas del ejército se hallaban empeñadas en la contienda con los árabes, salieron presurosos y avanzaron en buen orden para atacar el campamento. Mirábanlos venir los cristianos, ansioso se diese la señal de acometer. Aquellos que tan insolentes avanzaban, eran los mismos que repetidas veces habian caído como feroces aves de rapiña sobre las costas de España, llevando por todas partes el terror y la desolacion, saqueando las poblaciones y arrastrando á sus paisanos y amigos á horrible cautiverio. Hasta el mas humilde soldado se consideraba allí como un campeon destinado á vengar las ofensas de su patria. En medio de este enardecimiento de los ánimos y cuando los moros estaban ya á tiro, el emperador y rey presentándose en las primeras filas, dijo á las tropas que le escuchaban.

—Ved ahí el enemigo á quien buscabais. Acreditad ahora que no en vano ansiabais encontrarlos con él. La España toda os confia su venganza.

Siguiose á estas palabras una descarga general en toda la línea, y sin esperar á la segunda, los españoles saltando de las trincheras, se arrojaron sobre los enemigos. Pronto estos desordenados por tan impetuoso ataque, empezaron á ceder y concluyeron por huir hácia su guarida, pero los cristianos revueltos con ellos llegaron hasta las mismas puertas de la plaza; algunos quisieron entrar por las troneras y el alférez Juan de Avila, plantó su bandera sobre la parte mas baja de las fortificaciones. Solo entonces advirtió que estaba solo, cayendo sobre su bandera en medio del diluvio de balas y de flechas que le disparaban desde arriba. Los soldados



de los antiguos tercios españoles pedían á voces el asalto, pero ni había escalas ni prevenciones para él, no contando con una victoria tan pronta. Fué preciso esperar á que hubiese brecha practicable y entonces á la primera arremetida las tropas cristianas entraron en la Goleta donde hallaron ricos despojos. De los enemigos, los que pudieron escapar al degüello de la plaza, ó se ahogaron en el lago ó vivamente perseguidos en la llanura por la caballería española, huían hácia Túnez, mientras que las banderas que tremolaban en la Goleta y las galeras empavesadas en la rada, anunciaban la victoria.

### III.

Conseguido felizmente el primer triunfo de las armas cristianas en las costas de Africa, el que podía considerarse como favorable agüero para el resto de la empresa, asegurada la retaguardia del ejército con la toma de la Goleta y franco el camino de Túnez, tiempo era ya de marchar sobre esta capital término de la expedición. Púsose en marcha el ejército; pero en breve el ardiente calor del desierto, vino á sugetar á nueva prueba el valor de los soldados. Atravesando bajo un sol de fuego inmensas llanuras cuyas arenas quemaban, sin poder llevar las armas por el grado de calor que habían adquirido los metales y sin encontrar sombra, ni agua con que refrigerarse, es indecible lo que sufrieron aquellos valientes, lo mismo los gefes que los simples soldados. Muchos ginetes caían de los caballos y de la infantería muchos quedaron ahogados, siendo víctimas del rigor de un clima tan opuesto á aquel en que habían nacido. Cuando al cabo de muchas fatigas llegaban á encontrar algun pozo ó manantial, era preciso colocar centinelas para que los infelices soldados no fuesen allí á buscar una muerte segura, puesto que los moros habían cuidado de emponzoñar todas las aguas de que pudiera servirse el ejército expedicionario. El peligro de una muerte rabiosa, de la muerte de sed, se presentaba con todo su horror á veteranos salvos de tantas batallas, y para mayor tormento afligía á gran parte de ellos el vivo recuerdo de las frescas y deleitosas campiñas de la península, en las que habían pasado los días de su juventud. En tal conflicto y cuando por estar cerca de Túnez esperaban encontrar algun alivio, el inmenso ejército enemigo se ofreció de repente á su vista. En otras circunstancias la presencia de aquel ejército de cerca de cien mil soldados, que cerraba el horizonte por todas partes, hubiera sido el colmo del infortunio; pero en el apuro en que los españoles se encontraban su vista hizo prorrumpir en gritos de alegría. Muchos levantaban sus manos, dando gracias al cielo. Ya si morían, su muerte quedaria vengada, y si era forzoso morir, seria lidiando como valientes y como caballeros.

El número de combatientes enemigos no parecerá exagerado cuando se sepa, que en aquel último conflicto, Barbarroja había reunido para un lance decisivo las tan heterogéneas como inmensas huestes de que podía disponer. El peligro era entonces comun á todas las razas africanas é interes suyo reunirse á la defensa, aunque despues de conseguida la victoria, hubieran de destrozarse mutuamente para disputar el botín. Así es que constaba el ejército, no solo de las tropas de Túnez y demas poblaciones de las costas, sino tambien de las tribus indisciplinadas del interior y hasta los habitantes mas pacíficos se habían visto precisados á tomar las armas. En los que sin embargo confiaba mas Barbarroja, era en los turcos que aun conservaba, restos de las armadas del emperador Soliman II, los que á sus órdenes se habían distinguido ya en sangrientas expediciones. Combatir contra tanta muchedumbre reunida parecia el caminar á una muerte cierta y sin embargo

los cristianos comenzaron la pelea con denodado aliento. Allí no se perdía golpe, y nuestros campeones cubiertos de hierro, á cada bote de lanza arrojaban un hombre á tierra ó revolviendo su formidable espada entre los grupos enemigos los desbarataban en un momento; pero otros se presentaban de nuevo y en tan desigual pelea muchos españoles sucumbían de fatiga. Dudoso el éxito de la batalla, la esperanza de la victoria hacia ya sonreír á Barbarroja, cuando llamó su atencion, lejana y confusa gritería. Volvió la cabeza hacia la parte de Túnez y cual no fué su sorpresa al ver que el estandarte de la Cruz tremolaba en lo alto de la Alcazaba! El feroz africano aun duda de lo que sus mismos ojos estan mirando; pero en breve los fugitivos que llegan de Túnez le anuncian, que sublevados los cautivos cristianos despues de la salida de las tropas y vecinos armados, habían violentado las puertas de las mazmorras y atropellando á quien intentó resistirles, se habían encerrado en la Alcazaba hasta que sus hermanos fuesen á socorrerlos. Furioso Barbarroja con tales nuevas todo lo abandona, y cediendo á sus instintos de cólera y venganza, manda replegar sus tropas hácia Túnez, pues su designio en aquel momento era no dejar piedra sobre piedra en el alcázar hasta quemar vivos á todos los rebeldes cautivos que en él se habían encerrado.

Es preciso recordar las miserias, las crueldades anexas á la esclavitud de aquella época, las continuas angustias, los penosos trabajos á que se veían condenados hombres por lo regular de noble origen, lejos de las prendas de su cariño y en la incertidumbre de su suerte, para comprender de que furor iria acompañada la reaccion contra sus odiados tiranos. Aquellos cautivos no eran solo españoles; aunque de entre estos habían salido los que habían marcado la ocasion decisiva y habían hecho comprender á los demas el valor de una pronta resolucion. Aquella era una reunion de siete mil hombres de todas las naciones del orbe católico, formando la alianza mas fraternal y entrañable que se ha conocido, sin mas voluntad que la de sostenerse á toda costa en la posicion que se habían conquistado, hasta que llegasen las tropas del emperador á las que desde lo alto de las torres veían acudir á su auxilio. Por esto cuando Barbarroja llegó á las puertas de la Alcazaba las halló bien cerradas, y él y sus turcos tuvieron que retroceder, por no ser aplastados con las enormes piedras, maderos y pedazos de tabique, que los cautivos les arrojaban desde arriba en medio de maldiciones é insultantes denuestos.

No sabían á que atribuir los cristianos aquella retirada de los enemigos en el momento en que la pelea se hacia mas general y sangrienta, mas cuando se divulgó el esfuerzo de los cautivos por recobrar su libertad y contribuir al triunfo de los españoles, cobraron estos mayor ánimo y empeño en conseguir la victoria. Ya nadie se acordaba de la sed; nadie pensaba mas que en asegurar el triunfo de aquella memorable jornada. La situacion de los cautivos exigia pronto socorro, y dos mil arcabuceros españoles enviados con este objeto, no solo distrajerón á los turcos de asaltar la Alcazaba, sino que facilitaron la entrada en Túnez del resto de las tropas expedicionarias. Desde entonces el infiel que no se rindió fué pasado á cuchillo, la ciudad entrada á saco, y solo Barbarroja con algunos turcos de á caballo pudo salvarse. No así su segundo y mejor general, el célebre Haydin Ar-raez, que cayó del caballo en la huida, rebentado de cólera y de sed. Por todas las puertas de Túnez salían familias enteras huyendo despavoridas sin saber adonde iban, como hojas secas arrebatadas por el huracan del desierto, procurando llevarse sus alhajas, ropas y oro que solia quedarse por el camino. ¡Tanto les acosaba el terror del nombre cristiano!

Esceden á toda descripcion la pasmosa gritería, las



aclamaciones y contento de los infelices cautivos, cuando el emperador y rey subió triunfante á la Alcazaba á tomar posesion de ella y de las grandes riquezas de Barroja alli conservadas. Ni faltaba entre ellos quien se arroja en medio de las filas vencedoras para abrazar á sus parientes, amigos y compatriotas, dando lugar á escenas tan tiernas como interesantes. El emperador mandó que á todos se les protegiese igualmente, facilitándoles los mismos auxilios para volver á su patria, á pesar de que entre aquellos cautivos habia algunos

franceses, con cuyo gobierno no tenia por entonces motivos de estar muy contento.

Una iglesia católica dispuesta con presteza, fué consagrada al Dios de los ejércitos, en accion de gracias, por tan célebre victoria. En el inmediato dia del apóstol Santiago, todos los caballeros revestidos con los mantos é insignias de la órden, concurrieron á ella para celebrar la fiesta de su santo patron, siendo esta la vez primera que lo egecutaban á vista de los humillados enemigos del nombre cristiano.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

## ESTUDIOS MORALES.



Vista de Tours.

## EL FENOMENO VIVO.

Preguntaban á Esopo: cuál era la cosa mejor?—La lengua.—Y la peor?—La lengua. El caso es saber servirse bien de ella.

Tenia razon Esopo y lo que él decia no se aplica con menos razon al arte que es la cosa mejor ó la peor.

POPE. Correspondencia.

### PRIMERA PARTE.

#### CAPITULO I.

#### LA LINTERNA DE ROCHECORBON.

A RAIMUNDO BRASCASSAT.

15 de Setiembre de 1837.

Amigo mio: el año pasado, por este tiempo, regresábamos á Paris por las orillas del Loire despues de haber recorrido juntos toda la Bretaña. A vos os urgia

principiar esa admirable *Corrida de toros* que ha escitado justamente la admiracion de todos y yo me sentia triste, lo confieso, al dejar el pais mas delicioso por ir á sentarme frente de la altura Montmartre, que levanta sobre todo Paris sus aspas de molinos de viento y su cresta de telégrafos.

A cada paso dejábamos atras un sitio pintoresco que poco antes habíamos saludado con sorpresa y que no tardaba en perderse entre los vapores del horizonte. Una mañana, entre otras, volvíamos la vista inutilmente



para percibir aun á lo lejos el panorama de la ciudad de Tours con el gran campanario de su catedral y las gigantescas alas de su abadía de S. Martin, cuando apareció ante nosotros un espectáculo inesperado y nuevo á nuestros ojos, sin embargo de estar ya estos acostumbrados á tantas cosas nuevas é inesperadas. Sucedió esto en el camino delicioso que vá de Tours á Amboise; debéis acordaros aun. A la derecha, corre pacíficamente el Loire á través de las arenas que sus aguas arrastran consigo; á la izquierda se elevan enormes masas calcáreas, en cuyas cimas caprichosamente cortadas se ven crecer las viñas, el trigo y las verduras. Debajo de estos cercados, que se hallan á la altura de mas de cien pies, en el seno mismo de las rocas escarpadas, una población numerosa, ha cavado sus habitaciones ó mas bien ha formado unos nidos. Estrechos senderos cortados en la piedra conducen á estas viviendas apiñadas unas sobre otras como los pisos de una casa. Al ver las chimeneas rojas y blancas, elevarse desde el suelo, ocultarse después por las quebraduras de las rocas, y aparecer mas lejos para volver á esconderse y mostrarse aun otra vez semejando cabezas que arrojan por la boca torbellinos de humo, la vista se espanta y la imaginación enmudece. Créese tener ante los ojos las hidras gigantescas enlavadas por alguna catástrofe antediluviana y que en vano luchan por desasirse de las arenas petrificadas, que las sujetan fuertemente con sus brazos.

De trecho en trecho se encuentran ruinas de muros almenados, porque en otro tiempo se elevaba en medio de estas fortificaciones naturales, una ciudad llamada Rochecorbon, que fué destruida durante las guerras de la Liga. En el día no existen mas edificios que una iglesia pequeña del siglo XIV y una torre de piedra negruzca que levanta sus almenas sobre la cima mas elevada. Esta torre cuyo nombre conservan los habitantes del país por tradición, se llamaba entonces *la Linterna* y servía para hacer las señales necesarias.

Rochecorbon destruida y borrada, por decirlo así, de la Turena en el día, era en 1500 una de las plazas fuertes de las riberas del Loire, y reunía en sí gran número de calvinistas, porque la fama del marques de Rochecorbon atraía á su alrededor los aventureros de todas partes que solamente veían en la reforma un pretexto para la guerra y el pillage. Los partidarios menos belicosos de la nueva religión que deseaban poderla observar libremente se refugiaban también en esta ciudad. Indudablemente nadie mas á propósito que el marques de Rochecorbon para sostener la reputación de gefe atrevido y protector poderoso. Soldado viejo, que desde su mas tierna infancia no habia dejado el casco y la espada, mandaba un cuerpo numeroso de voluntarios célebres por su ferocidad y por los excesos de que era víctima el país en sus escursiones. Las tropas católicas habian intentado muchas veces destruir esta guarida peligrosa, pero sus esfuerzos siempre se habian frustrado, porque las fortificaciones naturales de Rochecorbon hacían el asalto imposible, aun cuando no hubiera estado defendida por una guarnición numerosa y 12 ó 13 piezas de artillería. El duque de Guisa, después de haber atacado á Rochecorbon enérgicamente durante un mes, á pesar de las fuerzas considerables que peleaban bajo sus órdenes, tuvo que firmar un armisticio, que le permitió levantar el sitio sin deshonra y sin arriesgar su reputación de gran capitán delante de lo que el llamaba un nido de buitres. Ensoberbecido por este suceso el marques de Rochecorbon, se hizo aun mas emprendedor. Seguro de la impunidad, llegó á ser la plaga de la Turena católica, asolando los castillos, acometiendo á los viajeros y entregando al pillage á todo el que no llevara en el bolsillo una biblia calvinista. «Y aun» dice un historiador del país, «muchas veces no daba tiempo al infeliz para sacar la biblia del bolsillo y enseñarla.

«Daba el golpe antes de decir, defiéndete, sin cuidar «si era hugonote ó católico el paciente.»

Así es que Rochecorbon ofrecía el aspecto de una ciudadela mas bien que el de una ciudad. No se veían sino soldados á caballo por todas partes, patrullas recorriendo las calles y centinelas guardando las murallas. Todos los habitantes sin escepcion vestían el casco y la coraza, y los que no seguían al marques en sus expediciones, formaban una guarnición tanto mas decidida cuanto mas segura estaba de no esperar merced ni perdón en caso que los católicos llegasen á apoderarse de la plaza confiada á su defensa. El puente levadizo no se bajaba sino después de muchos reconocimientos aun cuando las fuerzas que llegasen trageran las banderas de la reforma. El marques de Rochecorbon exigía el cumplimiento de estas formalidades importantes hasta para él mismo si volvía de alguna lejana escursión, y como habia hecho ahorcar sin forma alguna de proceso á un oficial, por no haber ejecutado estrictamente la consigna, nadie se apartaba de ella ni un ápice, aunque contuviera algunas exigencias bien fútiles.

Así fué que una tarde de julio, el capitán encargado de vigilar en el puente levadizo vió venir á galope y casi en desorden una parte de tropas en medio de las que ondeaba la bandera del marques de Rochecorbon, y á pesar de reconocer á este gefe á la cabeza de la fuerza y de divisar un poco mas lejos 200 ó 300 lanzas próximas á caer sobre sus compañeros, no omitió ninguna de las numerosas formalidades del reconocimiento, por lo cual antes que se bajara el puente levadizo tuvieron los calvinistas que hacer frente á los que les perseguían y empeñar un combate que habian rehusado hasta entonces.

A una señal detúvose la tropa del marques, y por un movimiento brusco y repentino se volvió hacia los sitiadores. En medio del fuego que vomitaban incesantemente los arcabuces de una y otra parte dirigiéndose el gefe de los calvinistas á uno de los oficiales que le rodeaban «Francisco, dijo, mientras hacemos frente á «este atrevido baron de Montelimart, haz que se baje «el puente levadizo y conduce á un sitio seguro dentro «de la ciudadela á esta muger desmayada, y al niño «que tiene en sus brazos. Hecho esto, ponte inmediatamente á la cabeza de todo el que en Rochecorbon «sea capaz de manejar la espada, en seguida saldrás por «la puerta subterránea que se halla al otro lado de la «ciudad y atacarás por detras á nuestros enemigos. Anda y obra con energía.»

Francisco echó sobre sus hombros á la muger que su gefe le indicaba y tomó al niño debajo del brazo, riéndose el mismo de la figura que debia hacer. Pasó en seguida el puente levadizo que se bajó después de las señas de ordenanza, llevó su doble carga á la habitación del marques y dió la orden para reunir toda la fuerza y hacer la salida que su gefe le habia mandado. En un instante estuvieron prontos 50 soldados, salieron por una puerta subterránea y cayeron como por magia sobre los sitiadores, desordenándolos y destrozándolos. A la media hora no habia ya sino cadáveres heridos, prisioneros y algunos fugitivos que aun á lo lejos hostilizaron la artillería de las murallas.

El marques de Rochecorbon todo lleno de sangre, como que no habia cesado un momento de tomar parte activa en la carnicería, detuvo al fin su brazo. Levantóla espada dando á los cornetas la señal de tocar retirada, al instante la tropa se reunió al rededor de su comandante y entraron en la ciudad, conduciendo innumerables prisioneros que aguardaban con ansiedad que se decidiera su suerte. No se hizo esperar mucho tiempo su sentencia.

«Baron des Adrets,» dijo el marques dirigiéndose de nuevo al oficial á quien habia confiado poco antes la



jóven desmayada «conducid á toda esa canalla á la plataforma de la linterna y mandad que se arroje uno por uno desde lo alto de ella; al que rehuse obedeceros le «hareis colgar de las almenas de la misma linterna, «adonde le dejareis hasta que el hambre ó las aves de «rapina terminen su suplicio. Marchad.»

El capitán Francisco de Beaumont, barón de Adrets, sin alterarse por los gritos de desesperación de los desgraciados prisioneros, les hizo subir la escalera de la plataforma, que se elevaba sobre los fosos mas de 500 pies. Luego que llegaron á ella tocó con la punta de la espada á un jóven en el hombro, acompañando esta acción con un movimiento de cabeza bastante imperioso. El jóven se estremeció y desesperación, bajó los ojos contemplando sus manos atadas fuertemente, crispáronse estas como para romper los lazos que las sujetaban, y se acercó al borde del precipicio considerando su espantosa profundidad. De pronto por un movimiento irresistible de terror, se retiró precipitadamente, pero uno de los soldados empujó al infeliz.... se oyó un grito, despues un silencio que duró dos segundos, despues el ruido sordo y hueco de un cuerpo que se hacia pedazos en el fondo de los fosos, despues nada.

El capitán tocó con la punta de la espada á otro desgraciado. Este se arrojó maquinalmente sin queja, sin resistencia, sin gritos.

Lo mismo sucedió con otros 8 ó 10; cedían á la fascinación horrible que se apodera de un condenado á muerte á vista del suplicio, fascinación cuyos efectos semejan mas á la muerte que á la vida y hace estremecer y temblar á un toro cuando se le obliga á doblegarse bajo la cuchilla del carnicero.

Ya no quedaban en la terraza mas que un sacerdote, un herido casi sin conocimiento y una muger. El herido estaba bañado en sangre, una bala le habia roto un brazo y otra habia penetrado en el pecho. El sacerdote oraba de rodillas, pidiendo á Dios por el alma de sus compañeros á quienes exhortó á morir como mártires y cristianos. La muger estaba de pie, impávida, el color subido de su tez apenas habia padecido el menor cambio ni aparentado la emoción mas ligera.

La espada del capitán tocó al sacerdote, el anciano entendió la señal y se acercó al borde de la plataforma con un paso que hacia trémulo la edad, pero no el miedo. Antes de precipitarse al abismo se volvió hacia el capitán y los soldados.

«Hermanos míos, les dijo con voz dulce y semblante sereno; Dios os perdone el día del juicio como yo os perdono á la hora de mi muerte.»

Y se precipitó.

Estas palabras y el valor del anciano sacerdote de Jesucristo conmovieron al capitán, de tal modo que apenas podia ocultar su turbación.

«Ea, dijo, dad el cachete á este pobre moribundo y acabemos este negocio.»

Los soldados se apoderaron del herido, que no hizo la menor resistencia y solamente murmuró:

«¡Esposa mia! ¡pobre hijo mio! Capitán, en nombre del cielo, decidme antes de morir si han escapado de la muerte y de las manos de vuestro gefe mi esposa y mi hijo. Yo soy el vizconde de Montelimart.

—«Monseñor, respondió con tono respetuoso el oficial, vuestra esposa é hijo no han recibido herida alguna, yo mismo acabo de conducirlos sanos y salvos á la habitación de monseñor el marqués de Rochecorbon.

—«¡Dios mio! ¡Son prisioneros suyos!.... Hubiera preferido saber su muerte.... En nombre de vuestra madre, capitán, en nombre de la que os alimentó en su seno, prometedme amparar á estos desgraciados, prometedme que no los dejareis solos sin ningún apoyo en la tierra.»

—«Lo juro por mi honor, monseñor, ¿es esto todo lo que exigis de mí?

—«Si; dadme vuestra mano para estrecharla entre las mías. Gracias, á Dios.

Entonces haciendo un esfuerzo sobrenatural el marqués de Montelimart, se puso de pie y rechazando á los soldados que querian sostenerle, se arrojó valerosamente.

—«Gracias á Dios, que se ha concluido este asunto maldito.

—«Aun no, capitán, replicó un soldado. Todavía falta esta muger.

—«Vamos, comadre, despacháos.

La muger sin titubear, se hizo atrás para tomar carrera. No obstante su resolución, dos veces se detuvo al borde de la plataforma en el momento de arrojarla.

—«Date prisa, le dijo el barón, no quiero perder tiempo. Ya van dos veces que tomas carrera.

—«Yo os permito, señor barón, que la tomeis vos mil veces, respondió la muger.

Chocó al barón la fuerza de espíritu de aquella pobre criatura, que próxima á la muerte todavía tenia humor para chanzas y esto le conmovió mas que si hubiera oído gritos y lágrimas de desesperación.

—«Abjura el catolicismo y te perdono.

—«Vayan al diablo los hugonotes, viva la Santísima Virgen, vivan los santos! exclamó ella preparándose á arrojarla.

—«¡Alto! gritó el capitán deteniéndola en la mitad de la carrera. Alto repito; cualquiera diria que corre á un baile; ni siquiera ha mudado de color. Vamos, comadre, bajad con nosotros.... Escuchad una palabra. Por vuestro interés mas que por el mio contened vuestra lengua; á nadie digais de donde venis y procurad olvidar el espectáculo que acabais de presenciar, porque podria muy bien el marqués daros la orden de volver á subir aquí y haceros bajar de otro modo que ahora. Hagámonos amigos. ¿Cómo os llamais intrépida saltarina?

—«Juana Pertuis.

—«Pues bien, Juana Pertuis, seréis mi ama de gobierno. Me gustan las mugeres valientes y yo creo que no olvidareis lo que ha pasado hoy, si alguna vez os dá el capricho de servir un vino malo ó dejais que se quemen mis asados.

Juana siguió en silencio al barón á cuya compasión debia la vida. Llegaron á una casa que por fuera tenia muy buena apariencia, pero por dentro no presentaba sino un montón de muebles medio rotos y tan desordenados que daba compasión.

—«Ve aquí tus estados, Juana; las emociones y fatigas de la jornada deben hacerte desear el descanso, puedes acostarte, dormir y hacer lo que quieras hasta mañana por la mañana.

—«¿Creeis vos, respondió Juana mirando atrevidamente de hito en hito al capitán, creeis vos que haya yo tenido miedo? No, ciertamente, por la cruz de Cristo y la madre divina de Jesus.

—«Al diablo con tus juramentos papistas, exclamó el barón, si te los vuelvo á oír otra vez te hago subir al sitio de donde bajamos.

—«Ahora mismo, dijo ella, jamás renegaré de la fé de mis padres. Prefiero el martirio á la apostasia.

El barón la tendió la mano.

—«Bien dicho, heroína mia. Al fin y al cabo prefiero este lenguaje á una baja sumisión. Reza, pues, cuando y como quieras á tu virgen y todos tus santos, pero esto ha de ser dentro de casa solamente, porque fuera de ella seria facil que encontrárais personas que tengan menos tolerancia que yo y que para hacerte callar te pusiesen un lazo de cáñamo al pescuezo. Prepárame de cenar; volveré dentro de una hora. Entretanto voy al castillo



á saber lo que pasa y á recibir las órdenes de monseñor el marques.

## CAPITULO II.

## BLANCA Y RAOUL.

El marques de Rochecorbon ocupaba en la ciudad una casa que se llamaba *el castillo*, y que formaba una especie de ciudadela pequeña donde podia hacerse frente á cualquier movimiento popular. Numerosas centinelas vigiladas por el marques en persona, hacian un servicio perpétuo y á piezas de artillería, llamadas falconetes, enseñaban su temible boca á través de las almenas de las cuatro torres que circulaban la casa. Por último un puente levadizo echado de día, y alzado de noche, servía para atravesar un foso que cercaba todo *el castillo* y en el que se guardaban por medio de esclusas las aguas que provenian ya de la temporada de las lluvias, ya de las avenidas del Loire.

Al presentarse el baron des Adrets hiciéronle las centinelas el saludo militar, y las señales de respeto acompañaron al viejo oficial hasta la galería abovedada que conducía al aposento del marques de Rochecorbon. Cualquiera otro que Francisco hubiera sentido cierto disgusto á la vista del desórden que reinaba en los vastos salones *del castillo*, que parecían mas bien una guardia de ladrones que morada de un noble señor. Despues de atravesar cinco ó seis salas inmensas y solitarias, el capitan oyendo los terribles ecos de la voz del marques, apresuró su marcha para impedir alguna nueva desgracia y tal vez un nuevo crimen.

—«Elegid, ó mi mano ó su muerte, decia el marques. Pronto ó le ahogó».

El baron abrió precipitadamente la última puerta que le separaba del marques. Un espectáculo horroroso se ofreció á su vista. Una jóven, la baronesa de Montelimart, la que Francisco, durante el combate, había trasladado á la habitacion de Rochecorbon, pálida, aterrida, moribunda arrodillada ante el feroz soldado, le miraba con una espresion estúpida de espanto, mientras que el marques de pie y con un niño en su ancha mano levantaba el brazo en accion de estrellar la frágil criatura contra el pavimento de mármol. La presencia de un testigo no interrumpió al bárbaro que repitió su terrible amenaza:

—«Ea, pronto, elegid su muerte ó mi mano.

La desconsolada jóven echó á su rededor con una ansiedad dolorosa una mirada buscando un protector y dejó caer la cabeza entre sus manos.

El baron des Adrets sabia por esperiencia que no era conveniente mezclarse en los asuntos del marques, y menos cuando este se entregaba á accesos de colera que á veces le hacian perder la razon, pero entonces la compasion pudo mas que el temor en el alma del veterano.

—«Vamos, monseñor, dijo, procurando arrancar al niño de las manos del brutal hugonote, vamos, no hagamos la guerra á las mugeres y á los niños.

Rochecorbon rechazó á Francisco con violencia y arrojó al niño contra el suelo. La pobre criatura prorrumpió en gritos dolorosos, poco despues calló y quedó sin movimiento sobre el mármol ensangrentado.

La desdichada madre le miraba con un estupor que hubiera enternecido á un tigre, pero el marques en la violencia de su rabia levantó un pie sobre la criatura para pisotearla.

—«Obedéceme, gritó, ó le deshago bajo mis pies.

Blanca salió de su enagenacion, dió un salto y se arrojó como una leona sobre el puñal que pendia de la cintura del marques y le dió con él cinco ó seis golpes. Fué tal la rapidez del movimiento de Blanca, que Rochecorbon no tuvo tiempo de desviarse y se hizo atras

TOMO II.

lleno de sorpresa y de terror. Pero un segundo bastó para que recobrara su presencia de espíritu, de un revés hizo caer á cinco ó seis pasos á la pobre muger y despues de enjugar los ligeros arañazos que la débil mano de Blanca había hecho con el puñal en su rostro, preparábase ya para deshacer bajo sus pies al niño, cuando el baron des Adrest levantando el cuerpo inanimado del infante y poniéndole en brazos de su madre. Monseñor, exclamó desnudando la espada, si continuais asi tenemos que acuchillarnos.»

—¡Al diablo! gritó Rochecorbon, ¡al diablo! dejadme en paz. Quiero que esta muger sea mi esposa. Tiene hermosas posesiones, vastos dominios y me hacen falta. No la he robado en el camino real, no me he batido dos horas seguidas, no he perdido veinte de mis mejores soldados para no sacar fruto alguno y dejarme enternecer por lloriqueos femeniles. Que me siga al oratorio. Un ministro nos casará en toda regla; despues que cargue el diablo con ella y con su hijo. Que haga lo que quiera con tal que no salga de Rochecorbon ¿es esto mucho exigir?

El baron des Adrets meneó la cabeza como aprobando y negando á un mismo tiempo.

—No veo en esto nada de irracional, dijo (y lo creia seguramente lo mismo que lo decia) pero es menester, monseñor, dejar á esta señora el tiempo necesario para su convencimiento. Hace una hora seguia pacíficamente su viage á Blois con su marido, habeis matado á este y quereis ya reemplazarle; esto es lo que encuentro algo precipitado. Dadle algunos dias de tregua y emplead para reducirla á la razon otros medios algo mas suaves. Que llore su primer marido una semana si asi le agrada; estoy seguro que despues ella misma os elegirá voluntariamente por esposo y protector de ese niño.

—Siempre os he dicho baron, que sois un hombre sin energia, repuso el marques, cuya cólera sin embargo se apaciguaba por instantes.

Sea asi, consiento en lo que me pedis; ocho dias de tregua, pero desgraciada de ella si no la hallo mas dócil dentro de una semana. Ya que os erigis en protector de la muger y en guardian del niño, lleváos á los dos, buscadles una criada, si es que se encuentra en el castillo, para servir á madama y á su hijo y... ¡al diablo!

Luego que profirió su juramento favorito, juramento que el digno señor no dejaba de intercalar á cada una de sus frases, echó un cuartillo de vino en una gran copa que vació de un solo trago, y en seguida salió del aposento haciendo resonar bajo sus pasos las losas del corredor que guiaba á otra parte del castillo.

Francisco envainó su espada y se volvió hácia la baronesa que estaba acurrucada en un rincon del cuarto, pálida, inmóvil y mirando con lúgubre estupor á su niño que tenia en la falda. Una lágrima corrió por las mejillas del baron.

—Vamos señora, dijo, el asunto ha tomado un giro que no podiais esperar y un plazo de ocho dias, es plazo de una vida entera, como dice el refran. Ea, levantaos, no le dé al marqués la humorada de volver aqui, que tal vez no podamos entonces arreglarnos. Cuando los vapores del vino calientan su cerebro no hay que esperar de él sino injurias y golpes. Seguidme.

La baronesa no contestó ni mudó de postura. Francisco la cojió por un brazo y la levantó. Ella no hizo resistencia y sosteniendo la falda en donde estaba su hijo, siguió maquinalmente al capitan, que la llevó á otra ala del edificio, sin saber donde dejarla.

Despues de haber andado algunos minutos llegaron á una sala pequeña y aislada que comunicaba con el resto del castillo por una escalera de piedra cerrada con una puerta de gruesos maderos reforzados con barras de hierro.

—He aqui un buen nido, dijo él deteniéndose, pero



necesita algunas plumas para su adorno, quiero decir que faltan muebles, añadió riéndose él mismo de su metáfora, que creía brillante. ¿Adonde diablos los encontraré? En cuanto á la criada ya tengo una idea... La saltarina, Juana, mi compatriota, muger que acaso sería del séquito de la baronesa. Me parece que no puedo estar mas obsequioso. Siempre me lo han dicho todos, yo nací para tener partido con las damas, murmuró suspirando, y si hubiera probado fortuna con algun casamiento ventajoso, habria sido mas feliz que por la carrera de las armas. Pero ya es tarde, estoy hecho un viejo y harto acostumbrado á los marciales arneses para poder llevar con gracia un traje de terciopelo.

Al hacer estas juiciosas reflexiones el capitán dió dos vueltas á la llave de la puerta de la escalera, volvió á su habitación y mandó á Juana que le siguiera.

—¿Conoces á la baronesa de Montelimart? le preguntó al ponerse en camino.

—Si conozco á mi señora, á mi noble señora, á quien he acompañado desde el Delfinado hasta este país; por cuya salud tiemblo en este momento? Ah! daría toda mi sangre por saber que ha podido escapar de los horrores y desgracias de este día fatal.

—Pues bien! vas á volver á verla y á servirla.

—¡Oh, señor barón! ¿De veras? ¿Está mi señora en vuestro poder? ¿Y su hijo? ¿el mío, capitán? ¿mi pequeño Raoul?... porque yo soy su nodriza.

—También verás al niño, contestó lacónicamente el capitán. Pero, diablo! ¿te pones á llorar ahora como un chiquillo tú que poco ha mirabas la muerte sin palidecer? ea, conserva tu sangre fría para el servicio de tu señora, que bien necesitas de ella. Escoge aquí todo lo que pueda ser útil, para amueblar la estancia que ha de servir de habitación á las dos, yo haré trasladar inmediatamente al castillo lo que tu escojas.

En un momento la nodriza con una presencia de espíritu asombrosa recorrió de alto á bajo la casa del capitán designándole lo que podía ser útil á su señora. El barón, con una amabilidad que contrastaba mucho con su figura agreste hacia colocar los objetos sobre mulas y al cabo de un cuarto de hora volvió á tomar el camino del castillo riéndose para sí del cuadro que presentaba acompañado de una muger y seguido de tres mulas cargadas de muebles. Se detuvo al paso para entrar en una tienda á comprar telas para la baronesa; esta fué una verdadera inspiración pues casualmente Juana encontró en aquella tienda casi todos los efectos que pertenecían á su señora y que robados por los soldados habían sido vendidos al mercader. Ocho ó diez piezas de oro fueron bastantes para el pago de estos objetos; y el veterano, Juana y las mulas volvieron á continuar su marcha hacia el castillo para llegar antes que oscureciera, á cuya hora se alzaba el puente levadizo.

Los centinelas hicieron el saludo militar al barón y no descansaron la lanza hasta que hubo pasado la última mula; pero no por esto dejaban de echarse miradas curiosas é investigadoras unos á otros como preguntándose que significaría el raro equipage que acompañaba al capitán des Adrets.

Después de recorrer él mismo y hacer recorrer á Juana con la mayor rapidez las largas galerías del castillo, abrió la puerta de la estancia en que poco antes había dejado á madama de Montelimart. Las sombras de la noche empezaban á oscurecer el aposento que no recibía luz sino por una ventana muy alta cruzada de enormes barras de hierro; nadie salió á su encuentro, nadie se ofreció á sus miradas, á pesar del ruido que habían hecho al correr los cerrojos, nadie contestaba á las voces de Juana que gritaba:

—¡Señora, señora mía, mi noble señora!

—Por las uñas del diablo! ¿adonde se ha ido? exclamó el capitán con una voz espantosa. La he encerrado

perfectamente y he dado tres vueltas á la llave. ¡Madama de Montelimart! ¡Madama de Montelimart!

Nadie respondió.

—¿Habrá descubierto el marques el sitio adonde la dejó y habrá tenido el capricho de casarse inmediatamente? ¡Vengan unas hachas!

Un criado trajo luz y se inundó la estancia con la claridad deslumbrante de una enorme tea. Oyóse un ligero ruido como el que hace un reptil en una mata cuando trata de huir... Juana percibió á madama de Montelimart acurrucada en el rincón mas oscuro del cuarto, con su hijo sobre las rodillas.

—¡Oh señora! gritó arrodillándose delante de su ama, ¡oh señora, al fin os encuentro!

La baronesa la echó una mirada en la que se pintaba el terror, después por un movimiento brusco y repentino dió un salto y se pasó con su hijo á otro rincón de la estancia.

—Señora, ¿no reconocéis á la fiel Juana?, preguntó temblando la nodriza. Dejadme cuidar á nuestro niño querido, confiadle á mi ternura. Voy á prepararos el lecho, para que podáis descansar.

La baronesa la escuchaba con los ojos fijos y la boca entreabierta sin hacer ningun movimiento hasta el instante en que Juana quiso apoderarse del niño; entonces se puso de pie, colocó á su hijo detrás de ella y se preparó á arrojarle sobre la nodriza rechinando los dientes y murmurando una sorda amenaza.

El barón des Adrets profundamente conmovido se enjugó una lágrima que rodaba por sus mejillas secas.

—¡Está loca! exclamó; pobre muger!

Luego añadió con el tono de una madre que riñe á su hijo:

—Ea, señora, hagámonos cargo de la razón ó sinó veremos; dadle á Juana ese niño ó... ¡cuidado conmigo!

La baronesa retrocedió sin reparar en que iba á pisar á su hijo. Francisco la cojió entre sus robustos brazos á pesar de los esfuerzos y furiosa resistencia que ella oponía y entonces pudo Juana apoderarse del niño. Con los ojos llenos de lágrimas aplicó su boca á la de la criatura, puso una mano sobre el corazón del que ya creía cadáver y con su aliento parecía querer volverle á la vida.

—¡Respira, señor barón, respira! gritó de repente, su corazón late aun, percibo su aliento. Un poco de agua fresca y estoy segura de que abrirá los ojos.

El capitán conservaba aun apretada entre sus brazos á la baronesa, que ya no oponía resistencia. A la voz de Juana abandonó á la pobre loca y fué á buscar agua; porque no quería que los criados fueran testigos de la triste escena que pasaba en la habitación.

Cuando volvió encontró á Juana con el niño sobre las rodillas y á la baronesa arrodillada delante de Juana, mirándola con terror y sobresalto.

—Mirad, capitán, ya vuelve en sí; ¡cuánto debe sufrir! Pobre criatura! Raoul, no llores así, hijo mío; aquí está tu buena nodriza Juana para cuidarte. Nunca te abandonará.

—Enseñadle á la baronesa su hijo vuelto á la vida, dijo el capitán, al verle puede ser que recobre la razón.

—Mirad, señora, mirad á Raoul que os busca, que os llama.

—Mamá, mamá, balbuceaba en efecto el niño.

La baronesa miraba con inquietud á su alrededor. De repente se arrojó sobre Raoul, como una leona sobre su presa, pretendiendo arrancarle de los brazos de la nodriza. El niño prorumpió en gritos dolorosos que la madre parecía no escuchar porque redoblaba sus esfuerzos. Fué necesario que el capitán interviniera con su voz ronca. La baronesa se estremeció, y encogiéndose como si el brazo del oficial se hubiera levantado sobre ella para golpearla, corrió á un oscuro rincón desde donde



las miradas que chispeaban de sus ojos, seguían todos los movimientos de Raoul y de Juana.

Aprovechándose el baron de este momento de calma fué á tomar de manos de sus criados los objetos que habia traído, y los arrojó todos revueltos en medio del cuarto.

—Juana, dijo enjugándose la frente, luego que acabó su faena, te dejo el cuidado de arreglar todo esto, por mi parte ya he hecho lo que no hice en toda mi vida. A cualquiera que me hubiera predicho esta mañana como habia yo de concluir el día le hubiera hartado de palos como á un imprudente embustero. Con qué, buenas noches, procura hacer el menor ruido posible para no llamar la atención del marques, cuya paciencia no llegaría hasta el extremo de sufrir todas estas baratijas mugeriles y mucho menos los lloros y gritos de un chiquillo. Mañana volveré.

Diciendo esto salió del aposento, dió dos vueltas á la llave y fué á reunirse al marques, que estaba á la mesa completamente embriagado.

Luego que Juana quedó sola con la baronesa y el niño, preparó una cama y obligó á acostarse en ella á su señora ya por persuasión, ya por fuerza: en seguida encendió lumbre, calentó agua en una de las vasijas traídas de casa del baron, y desnudó á Raoul que continuaba dando gritos dolorosos. Sin embargo de no aparecer sobre su cuerpecito ninguna herida grave, se conocía que experimentaba dolores atroces, que le hacían retorcerse á veces en los brazos de la pobre muger. Juana no sabía como aliviarle. En vano le presentaba alimentos, la criatura volvía la cabeza, separaba con su mano la cuchara y se dejaba caer como un tronco. La madre, sentada en la cama en que Juana la habia acostado, no se atrevía á acercarse á él, pero era evidente que resonaba en su corazón cada uno de los gritos y quejas de la pobre criatura. Por último el niño, rendido de fatiga acabó por amodorrarse en los brazos de Juana que le mecía, y esta vencida también por el sueño, sintió pesar poco á poco sus párpados y cerrarse sus ojos; su cabeza cayó sobre el pecho, y sus ronquidos periódicos y regulares no tardaron en mezclarse á los gemidos sordos que de cuando en cuando salían de los labios de Raoul aun en medio de su sueño.

Una fantasma blanca se deslizó lentamente y con muchas precauciones hacia la chimenea. Era la baronesa medio desnuda, con el cabello desordenado, que se arastraba hacia los alimentos que poco antes habia rehusado tomar á pesar de los ruegos de Juana. Metió la mano en la vasija, que la nodriza habia dejado en la lumbre, y dejó escapar un grito que al instante quiso reprimir; en seguida repitió de nuevo la misma tentativa, y el dolor la obligó á retirar otra vez la mano. Al cabo de un cuarto de hora, Juana se incorporó medio despierta, la baronesa se arrojó precipitadamente sobre su cama con el oído atento y palpitándole el corazón. Volvieron á restablecerse pronto la calma y el silencio, entonces ella se acercó por tercera vez á la olla y por un capricho salvaje vertió la vasija sobre el suelo y se puso á devorar. La desgracia habia convertido en idiota á esta muger jóven y hermosa, sobrina del arzobispo de Tours, biznieta de Carlos V, y envidiada poco antes de todas las señoras mas ilustres del Delfinado, por su talento, sus atractivos, su inmenso caudal, su antigua nobleza y su reciente casamiento, que la habia hecho la mas feliz de las esposas y de las madres.

### CAPITULO III.

#### UN CAMBIO DE FORTUNA.

Ocho dias pasaron en los que no cesó Juana de prodigar los cuidados mas tiernos á su ama y á su pequeño Raoul.

Gracias á su solicitud y perseverancia la locura de la baronesa tomó un carácter mas suave, y los accesos furiosos se hicieron menos frecuentes. Se dejaba vestir, permitía que Juana la peinara y arreglara su larga cabellera y aun parecia mostrarse sensible á la ternura que la nodriza le manifestaba. Pero estos eran todos los felices resultados que Juana pudo conseguir, mas no arrancarla una palabra ni aun hacer alguna seña que manifestara reconocer á su fiel criada. Los padecimientos del niño Raoul se hicieron tambien menos agudos, pero la palidez enfermiza de su rostro, las contracciones y prominencias que empezaron á aparecer en todos sus miembros, y finalmente los dolores atroces que experimentaba al menor movimiento manifestaban á las claras que un mal interno consumia lentamente al infeliz. Todas las mañanas iba el baron des Adrets á ver á los desgraciados, de quienes se habia declarado protector, pero sus visitas duraban minutos solamente. Entregaba á la nodriza los alimentos que el mismo llevaba debajo de su capa. El marques no habia vuelto á hablarle de sus prisioneros y el baron esperaba que en medio de sus orgias diarias y expediciones militares fuera de Rochecorbon habria olvidado el bárbaro señor á las pobres criaturas.

Pero se engañaba completamente. Una mañana á los ocho dias del combate trabado bajo los muros de la ciudad, el marques mandó llamar al capitán, este se sorprendió al verle cubierto de una túnica de terciopelo en vez de la veste de paño ordinario que llevaba generalmente debajo de la coraza.

—Francisco, dijo el marques, hoy es el dia de mis bodas ¿adonde diablos has escondido á mi muger?

El baron anonadado al oír tal pregunta, no supo que responder.

—Basta ya, buen soldado, basta ya de puerilidades femeniles, hasta ahora me he reído de tus prevenciones ridículas, y si accedí á ellas fué por consideracion á ti. Pero puedo muy bien cansarme de mi condescendencia, y mirar las cosas de otro modo. Anda, pues, á buscar á la baronesa, condúcela al oratorio, adonde he citado ya á un ministro protestante, y date prisa en obsequio de tu protegida y tuyo.

El capitán sin replicar; fué á buscar á la baronesa, que se dejó conducir al oratorio maquinalmente sin resistencia y obstinándose siempre en guardar el mas profundo silencio.

—Monseñor, dijo el oficial presentándose al marques luego que ejecutó su orden, la baronesa os espera en el oratorio; pero debo advertiros que su razon debilitada por las sensaciones fuertes y continuas...

—Baron des Adrets, es menester confesar que tu razon es la débil, y tu juicio muy limitado. ¿Qué me importa la razon de esta muger? ¿crees acaso que sus bellos ojos, ó los cuidados que pueda dispensarme son los que me obligan á casarme con ella? Bien sabes que á mí me gustan los muebles rotos y desordenados y que en teniendo una mesa bastante sólida para sostener mi vaso lleno de vino, poco me importa lo demas. Lo que yo pretendo de la baronesa es que me haga dueño de sus hermosas posesiones en el Delfinado y en la Turena, despues las venderemos á dinero contante, y renovaremos las murallas de Rochecorbon, ó mas bien, Francisco, si la guerra nos causa, abandonaremos este pais, en el que tenemos tantos enemigos como habitantes. De cuervos nos cambiaremos en palomas, y nos iremos á vivir pacíficamente y sin penas á los castillos de mi muy amada esposa. ¿Qué dices de estos proyectos? ¿no te parece que con semejantes ventajas se puede disimular algo la falta de razon de mi esposa? Si sus locuras me incomodan no faltará alguna celdilla con fuertes rejas de hierro en uno de mis muchos castillos. Con tal que ponga su firma al pie de la acta de cesion que yo la pi-



da, con tal que pueda yo enseñarla á mis vasallos una ó dos veces al año, y con tal, sobre todo, que me dé un heredero para asegurar mis derechos y no ser inquietado en la posesion de mis bienes, llévase el diablo todo lo demas.

Respecto á ese niño miserable, pequeño aborto que ya siento haber perdonado, me parece conveniente convertirle al protestantismo y hacerle un buen ministro para que predique el evangelio, y renuncie á los bienes terrenales, conservando solamente de sus ideas papistas la creencia de la necesidad del celibato de los sacerdotes. Ya ves que mis proyectos están magníficamente concebidos, y que en este asunto el verdadero loco seria el que retrocediese ante un casamiento con esta muger por loca que esté.... vamos, vamos al oratorio.

El capitán Francisco, aturdido como Gargantua con los discursos de su muger Caudebec, siguió al marques sin aligirle mucho por un matrimonio que al fin le proporcionaba algunas ventajas.

—Bien mirado, yo he cumplido el juramento que hice á ese pobre diablo de baron de Montelimart, he protegido á su muger é hijo cuanto he podido, pero yo no juré de ningun modo impedir que su muger se volviera á casar y ya que él se la muerte, es muy justo que ella busque otro marido.... Y mas vale que sea el marques que otro cualquiera: y siendo tan rica no debe dejarse escapar esta buena ocasion ni por el marques, ni por sus servidores.

Mientras bullian estas ideas en su cabeza, llegó el baron al oratorio y se sentó en un banco en medio de dos de sus compañeros de armas; porque el señor de Rochecorbon no habia citado á esta solemnidad, sino el número necesario de testigos para darle un carácter de legalidad firme y valedero.

Cuando se reunieron todos en la capilla, salió el ministro protestante de una pieza lateral y se adelantó para celebrar el matrimonio. El marques no pudo ocultar su disgusto al reconocer al doctor Teodoro de Beza, á quien creia en la cama peligrosamente enfermo.

El célebre Teodoro de Beza era el defensor mas ardiente y venerado de la comunión de los calvinistas. Conocido desde jóven entre los sábios por una coleccion de poesias latinas titulada: *Poemata juvenilia*, y una tragedia francesa: *Abraham sacrificant*, obtuvo el priorato de la abadía de Longjumeau, que abandonó pronto para apostatar de la fé católica y marchar á casarse á Ginebra. Despues hizo imprimir una version del nuevo testamento, que le colocó entre los mas célebres defensores de la iglesia protestante y se hizo notable por la intolerancia de sus opiniones como lo prueba su tratado: *De hereticis á civili magistratum puniendis*, que no era otra cosa sino una apologia del suplicio de Juan Servet. (1) Desde entonces le confiaron sus correligionarios los cargos mas difíciles é importantes: enviado á Alemania al principio de 1558 para solicitar el apoyo de muchos principes para el rey de Francia, fué elegido al año siguiente para recibir la abjuracion del rey de Navarra, Antonio de Borbon. Poco despues Teodoro de Beza volvió á Francia encargado de diversas comisiones para los gefes hugonotes, y al llegar á la Turena cayó gravemente enfermo. Imposibilitado de continuar su viage, buscó un asilo en Rochecorbon, y por desagrado que fuera al marques un huésped tan intolerante tuvo sin embargo que hacerle buena acogida, temeroso de que el desayre hecho al anciano ministro fuera bastante para descontentar á todos los que servian bajo sus órdenes, y para atraerse el enojo del almirante Coligni, y del rey de Navarra, con quienes seguia correspon-

dencia Teodoro de Beza. Por consiguiente, si el marques recurrió al doctor para que bendijera su matrimonio, fué en la persuasion como hemos dicho, de que estando enfermo, rehusaria la comision; ademas que no se atrevió á dirigirse á ningun otro ministro de la ciudad estando en Rochecorbon el mas libre y poderoso de toda la comunión calvinista.

Teodoro de Beza embebido en la importancia del acto religioso que iba á celebrar, estuvo algunos instantes de pié entre Blanca y el marques, sin levantar los ojos para mirarlos.

—Monseñor, exclamó al fin repitiendo las palabras sacramentales ¿elegis por vuestra esposa á la muy alta y muy poderosa señora baronesa, elegis de vuestro libre albedrio por esposo vuestro al muy alto y muy poderoso señor el marques de Rochecorbon?

—Si, respondió el marques con una voz estentórea.

—¿Y vos, señora baronesa, elegis de vuestro libre albedrio por esposo vuestro al muy alto y muy poderoso señor el marques de Rochecorbon?

Blanca no respondió.

Repitió el sacerdote la pregunta, y sorprendido del silencio que guardaba la jóven, levantó sus ojos para mirarla. Al aspecto de su pálido rostro, de su actitud inmóvil, de su mirada fija é insensata, el anciano no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

—Señora, dijo, si la violencia por cualquier evento tiene parte en el matrimonio que vais á contraer, hablad sin temor, mi deber es protegeros.

Estas palabras no produjeron ningun efecto en la desgraciada, que no salió de su silencioso estupor.

Entretanto el marques retorcía con impaciencia los cordones que guarnecian el puño de su espada y la acorada vaina de esta arma resonó por dos veces golpeando en las losas del oratorio. El ministro no por eso dejó de repetir sus preguntas á Blanca.

—Ya veis que la emocion la impide contestaros. Ella consiente padre Teodoro, cambiad las sortijas nupciales y continuad la ceremonia.

Diciendo estas palabras, sacó de su dedo un anillo de oro que llevaba, y tomó la mano izquierda de Blanca entre las suyas para sacarle una sortija que ella tenia.

La mano de Blanca se cerró fuertemente por una repentina contraccion.

Furioso con aquella resistencia que no esperaba, apretó el marques violentamente con sus dedos de hierro la mano delicada de Blanca que no pudo abrir, y en su rabia fué tal la barbarie con que la estrujaba que la sangre saltó de las puntas de los dedos. La baronesa no dió ni un gemido.

Al ver esto Teodoro Beza se arrojó lleno de indignacion sobre la víctima y el verdugo.

—Deteneos, exclamó, deteneos, marques de Rochecorbon; no añadais un crimen á las crueldades de que el Señor os pedirá cuenta el dia del juicio final! Esta seria la mas funesta de todas, porque seria la accion mas baja y mas villana. Enfermo hace muchos dias y puesto por la mano de Dios entre la vida y la muerte, hoy es el primer dia que dejo mi lecho de dolor y asi ignoro como se halla aqui esta muger, y que motivos teneis para desposaros con ella.

Pero os juro que no pasaré adelante sin estar enterado de todo lo que tenga relacion con esta union, y que nada omitiré para cumplir dignamente los deberes de mi santo ministerio.

—Doctor, este matrimonio está harto adelantado para poder dilatarle un solo instante, interrumpió con violencia el señor de Rochecorbon.

—Jamás seré yo cómplice de un crimen é instrumento de una infamia, contestó con firmeza y calma Teodoro de Beza. Salid del lugar santo en el que habeis entrado con pensamientos de opresion y de impiedad.

(1) Servet, opóstata calvinista, á quien Calvino condenó á ser quemado, y que sufrió esta pena á las puertas de Ginebra.



—Guardaos doctor, porque á una señal mia os harán mil pedazos, replicó Rochecorbon pálido de cólera.

—Soy un siervo de Dios, y no podeis hacer que caiga un solo cabello mio sin la voluntad divina. ¡Fuera de aquí, que estais profanando el santuario...!

—Voy á llamar á mis soldados.

—Hacedlo en buen hora. Yo les mandaré en el nombre de Dios vivo que defiendan á una criatura inocente, y á un ministro de su fé.

—Apoderaos de ese hombre, baron des Adrets: y vosotros señores; ayudadle, yo os lo mando.

Los oficiales no hicieron movimiento alguno para obedecer la órden de su gefe y le miraron vacilantes.

—Infames!

Y se arrojó sobre el ministro blandiendo su puñal. El sacerdote le esperó con calma y sin retroceder un paso. El golpe fué á parar al pecho y la sangre brotó con violencia. A esta vista el baron y los otros oficiales se interpusieron entre el ministro y el marques, sujetando el brazo de este, que se levantaba de nuevo.

Salid, gritaron al doctor, salid, padre mio, y vos, monseñor, calmaos en nombre del cielo, y pensad en las consecuencias que puede tener esto.

El ministro cogió á Blanca por la mano, y, pálido, ensangrentado, con paso firme, pues su herida ni era profunda ni peligrosa, atravesó el patio del castillo en medio de los soldados admirados que le rodeaban con solicitud.

Mirad como trata el marques de Rochecorbon á los ministros de vuestra religion; mirad el apoyo que presta este desleal á los que confia á su proteccion el rey de Navarra. Hermanos mios, no me habeis librado de la tortura de los católicos sino para entregarme al puñal de un protestante.

Un sordo murmullo de indignacion siguió á las palabras del ministro, á quien miraban como un santo; por un movimiento unánime todos levantaron las espadas; porque estos recién convertidos eran religiosos fanáticos aun mas que soldados ávidos del saqueo; á sus ojos toda la confianza que su gefe les inspiraba no podia equilibrar el poder del que miraban como un apóstol.

—He querido librar de su crueldad á esta jóven, continuó de Beza, y él me ha herido dentro del mismo oratorio.

En este momento, Rochecorbon que se habia podido desprender de las manos de sus oficiales, apareció con el puñal en la mano, exhalando horribles amenazas contra el ministro.

—A las armas! á las armas! gritaron por todas partes. Es preciso defender á Teodoro de Beza, es menester protegerlo; es un santo! es la antorcha de nuestra comunión! ¡su muerte atraeria sobre nosotros la venganza del cielo!

Mientras los soldados formaban un doble circulo al rededor del sacerdote y de Blanca, á quien no habia soltado de la mano, un dardo arrojado por una ballesta invisible, silvó en el aire, y se clavó en la garganta del marques. Fué tal la violencia del golpe que Rochecorbon cayó muerto inmediatamente.

A la agitacion y al tumulto sucedieron el espanto y el silencio. Todos se miraban con una inquietud mezclada de terror sin saber que pensar de un suceso tan repentino é imprevisto.

Teodoro de Beza fué el primero que recobró su presencia de espíritu.

—Hermanos mios, dijo, la mano de Dios se muestra aquí palpablemente. Demasiado tiempo ha sido Rochecorbon un receptáculo de vicios, demasiado tiempo nuestra religion se ha visto manchada con crímenes sin cuento cometidos por un hombre que la deshonraba. No os faltan dignísimos capitanes entre los que podeis elegir un gefe. La eleccion debe hacerse al momento.

Ved aquí al mas valiente, al mas capaz de todos, miradle, se adelanta hácia nosotros como si la providencia nos le enviara, manifestándonos cual debe ser el elegido. ¡Viva el baron des Adrets!

—Viva el baron des Adrets! resonó por todas partes, ¡viva nuestro gefe!

Rodeado, aplaudido y abrazado de todos, no entendia el baron lo que significaban los gritos y entusiasmo que causaba su presencia.

De Beza le tomó la mano.

—Soldados y paisanos, gritó con voz sonora, ¿reconoceis por vuestro gefe y señor al baron des Adrets?

—Sí, sí, ¡viva el baron des Adrets!

—¿Le jurais una obediencia sin límites en todo tiempo y en cualquiera circunstancia?

—Lo juramos.

—Entonces, á mí me toca ser el primero en prestaros homenaje, continuó arrodillándose el ministro. Recibid el juramento de fidelidad que presto en vuestras manos, monseñor.

Des Adrets no lo comprendia aun.

—El marques ha muerto, le dijo el ministro rápidamente y en voz baja, yo os he designado como el mas digno de ocupar su puesto. Tomad el mando con presteza y atrevimiento antes que los otros capitanes quieran oponerse á esta eleccion. Yo me encargo de que la ratifiquen el rey de Navarra y Coligny.

Mientras que de Beza hablaba así, los soldados, los paisanos y aun los oficiales arrastrados por el movimiento general, imitaron el ejemplo del doctor y prestaron el juramento de fidelidad al baron des Adrets.

Este, profundamente conmovido hizo seña de querer hablar.

—Camaradas, les dijo; yo acepto, pero bajo dos condiciones: la primera, es que mañana mismo marchemos al combate á destruir esas tropas católicas que acaban de llegar al pais, segun noticias que esta mañana hemos recibido; la segunda, que el dignísimo Teodoro de Beza, me ayudará en el gobierno de la ciudad, yo podré tener buen brazo para las batallas, pero él es una guia segura en los consejos.

—Viva Teodoro de Beza! ¡Viva el baron des Adrets! exclamaron unánimes los soldados blandiendo sus sables.

El populacho se apoderó del cadáver del marques cuya mirada les hacia temblar poco antes, y le precipitaron desde lo alto de la *Linterna*.

Blanca, causa primera de todo este tumulto y de todas estas conmociones, permaneció en su muda impasibilidad, se dejó volver á llevar maquinalmente por uno de los criados del baron á su aposento á donde se reunió con su hijo y la fiel nodriza.

Mientras que Juana se esforzaba en sacar del estupor en que se hallaba á su ama á quien creia ya muger del marques de Rochecorbon, guiándola á la cama donde dormia su hijo; Teodoro de Beza y el baron des Adrets se retiraron á una habitacion del castillo para tomar las medidas convenientes en vista de acontecimientos tan graves, tan inesperados, y en los que ambos desempeñaban papeles muy importantes y difíciles.

Llegados al interior de un torreón, adonde apenas se oian los gritos del populacho que hacia pedazos y arrastraba por el lodo el cadáver de aquel, ante quien poco antes se arrodillaba con temor, Teodoro y Francisco se sentaron uno enfrente de otro guardando silencio. De repente el capitan se levantó bruscamente y se puso á pasear á grandes pasos.

—Jugamos nuestra cabeza en este momento, señor doctor, y lo peor es que hay mas de una probabilidad de que perdamos la partida. Los gefes hugonotes no querrán persuadirse que todo ha sido obra de la casualidad. Seremos acusados de conspiracion y asesina-



to. Para vengar la muerte del apoyo mas fuerte de su causa pedirán mi cabeza, y la vuestra tal vez, á no ser que os salve el respeto que inspira vuestro ministerio. Por lo que toca á mí estoy perdido.

—¡Perdido! replicó el ministro procurando hacer pasar al corazon del baron una confianza que él mismo no tenia; ¡perdido! cuando acabais de ser proclamado gobernador de una ciudad poderosa, y tenéis á vuestras órdenes los hombres de armas mas valientes de Francia!

—Ya han tomado el gusto á la revolucion y al asesinato, y no se detendrán ya en su marcha, señor doctor. Cuando se llega esta copa á los labios, no se la arroja sin haberla vaciado hasta el fondo. Si se han insurreccionado contra el marques de Rochecorbon ¿qué harán con el baron des Adrets? En sacando una vez el pié de la disciplina militar, luego se echa fuera todo el cuerpo; además, cada oficial envidioso de verme jefe suyo ¿no se convertirá en un enemigo mio? Debo contar con tantos conspiradores cuantos capitanes hay en la ciudad. Juzgad de la linda posición en que me habeis colocado, señor doctor. Aborrecido fuera del castillo, atacado en el interior por mil traiciones ocultas y obligado á hacer frente á las agresiones militares que van á intentar diariamente las tropas católicas animadas por la muerte de aquel, que creían invencible, ¿qué vá á ser de mí!

—¡Y qué! ¿le falta el valor hasta tal punto al baron des Adrets?

—Si no se tratara mas que de pelear y arrojarme yo solo en una refriega, veriais entonces si tenia miedo, pero á vista de peligros tan grandes y sin medios para conjurarlos, sin dinero, sin nada, ¡ah! lo confieso, tengo miedo.... Si á lo menos tuviera algunas sumas considerables, si yo poseyese algo mas que la capa y la espada. Con oro, con ese talisman yo sabria remediarlo todo, pero no tengo una blanca.

—¿No tenéis algun medio de proporcionaros dinero?

—Ninguno; las cajas del marques siempre están vacías y á pesar de sus pillages no habia bastante para pagar á los soldados, y sufragar á las necesidades que sucesivamente renacian. Todos sus bienes están hipotecados al pago de préstamos onerosísimos. ¿Sobre que prenda queiréis que busque dinero? en todo lo que alumbrase el sol no poseo yo ni un pedazo de tierra tan grande como mi manopla. Con este objeto, con el de tener prendas que dar á los judíos y usureros queria casarse el marques con la baronesa de Montelimart, y esta fué la razon que le impulsó á atacar á su marido que con una escolta numerosísima iba á visitar á su hermano el conde de Turpenne.

El ministro sin responder se empezó á pasear por el torreón conociendo la importancia y la realidad de las objeciones del capitán acerca de la difícil posición en que ambos se encontraban.

—Monseñor, dijo al fin, yo tengo la culpa de los peligros en que os encontrais, yo debo pues, libraros de ellos. Es preciso que os caseis esta noche, ahora mismo con la baronesa de Montelimart.

—¡Yo!

—Si, vos.

—Mirad que esto es lo que causó la muerte al marques.... Y ¿sois vos, vos, el que me lo proponeis?

Si, yo os lo propongo. De este matrimonio depende vuestra salvación y la de nuestra causa.... Vos no habeis sido el matador del marido de esta muger, no sois como Achaz rey culpable, de quien dice la Biblia que asesinó á Naboth para apoderarse de su viña. La baronesa de Montelimart necesita un protector que la defienda de la soldadesca desenfrenada que la rodea; todo el mundo sabe aquí, que su marido al morir la encomendó á vuestro cuidado.... Os casais con ella para

protegerla, para salvarla. Además así os captais la voluntad del soldado por vuestra riqueza, y la de los señores del partido protestante, porque los vastos dominios de vuestra esposa, os igualan á ellos. Ea, no vacilemos, el tiempo es precioso; vamos pronto.

El baron des Adrets aturdido con tantos y tan diversos incidentes, siguió al doctor al oratorio, adonde fué conducida la baronesa, que se dejó casar sin oponer la menor resistencia.

Concluida la ceremonia, tomó de la mano á los dos esposos y los enseñó á la muchedumbre que los saludó con mil aplausos y aclamaciones.

#### CAPITULO IV.

#### EL BARON DES ADRETS.

Si no nos hacemos cargo de cual era la rara situación de la Francia en 1561 y si la historia de las guerras de religion no nos suministrara innumerables ejemplos de acontecimientos estraños y casi increíbles, se nos acusaria con justicia de falta de verosimilitud en los hechos que hemos referido hasta aquí, á pesar de las pruebas y documentos incontestables que podemos presentar caso de necesidad, en apoyo de nuestro relato. Sin embargo, la noticia que trajo un correo despachado por el principe de Condé al doctor Teodoro de Beza, la misma tarde en que se celebró el casamiento de Francisco y la baronesa de Montelimart, escude en singularidad á todo lo que podemos decir en esta historia.

Este era el contenido del despacho:

«El principe de Condé al doctor Teodoro de Beza.»

«Reverendo doctor:

«Sabed que S. M. el rey Carlos IX tomándome en consideracion los alborotos y desgracias que agitan el reino, despues de muchas conferencias con los señores mas poderosos de la corte ha resuelto lo que sigue:

«El día 3 de setiembre de este año se celebrará en Poissy una discusion entre los sacerdotes mas sábios de la religion católica y los doctores mas famosos de la reforma, con el objeto de procurar una reconciliacion general. Esta discusion tendrá lugar en el refectorio de la abadia de Poissy en presencia del rey, de la reina, de los principes de la sangre, y de los señores de la corte.

«El clero católico ha designado para defender su causa, á los doctores en teología, Claudio d' Espense, y Claudio de Xaintes. Nosotros los protestantes no queremos mas que á uno solo para contestarles, este sois vos, Teodoro de Beza.

«Por lo tanto os mando un salvo conducto del rey de Francia, para que podais viajar con toda seguridad y os trasladeis inmediatamente á Poissy, adonde me encontrareis, así como tambien á las personas mas sabias de nuestra religion, entre los que elegireis á vuestro gusto, compañeros para discusion tan importante.

«El principe de Condé.»

Teodoro de Beza leyó y releyó esta carta pareciéndole un sueño. No podía concebir como el rey, que hasta entonces habia resistido á la reforma con el tormento y la hoguera, proponia de repente medios de conciliacion y mansedumbre. Comunicó tan agradables noticias al baron des Adrets para quien eran doblemente satisfactorias, favoreciéndole á él solo aun mas que á todo su partido, porque la presencia de Teodoro de Beza cerca del rey de Navarra, aseguraba al nuevo esposo de Blanca un hábil abogado que presentaria su



conducta bajo el aspecto mas favorable y acaso obtendria la sancion de todo lo que habia pasado en el castillo.

No se engañó en sus cálculos el baron des Adrets; las noticias que recibió de Teodoro de Beza y del mismo rey de Navarra no le dejaron nada que desear, y le permitieron poner en ejecucion los proyectos que bullian en su cabeza; porque este oficial aventurero que nada habia poseído hasta entonces, sentia que era otro desde que se consideraba poseedor de ricos dominios, en los que podia pasar una vida quieta y sosegada. Algunas semanas antes la noticia de la paz le habria desesperado pero ahora la discusion de Poissy le llenó de gozo, y fué el colmo de su dicha la paz concedida despues por el rey permitiendo á los calvinistas el libre ejercicio de su religion fuera de las ciudades, y dando amnistia completa á todos los que habian tomado las armas.

No obstante, previendo que esta paz no seria de larga duracion, resolvió el baron des Adrets sacar provecho de ella y prepararse una posicion capaz de defenderle de nuevas guerras civiles. Con el pretexto de que los médicos recomendaban á su muger los aires de su pais natal para que se disipara enteramente su melancolia, entregó el mando de Rochecorbon á un sobrino del marques, y sin escuchar las quejas y consejos de Teodoro de Beza abandonó la Turena y partió para el Delfinado. Los vasallos de su esposa, suyos ya, le recibieron con aclamaciones de alegría, que resonaban muy bien en los oidos del que poco antes no mandaba mas que soldados feroces, que ni estaban sujetos por el pleito-homenaje, ni (lo que era peor), pagaban tributos. El baron hizo maravillosamente el papel de gran señor. Justo y severo con todos, hizo restituir lo mal adquirido á sus administradores, que no acertaban como habia descubierto sus enredos un soldado que apenas sabia leer. El nuevo señor no solamente obligó al pago á todos sus deudores, sino que enmendó y resarcio todos los daños que la ausencia y muerte del antiguo dueño habian causado. Los edificios fueron reparados, las tierras volvieron á cultivarse, y los habitantes del pais, seguros de la proteccion de un amo valeroso que en caso necesario les defenderia de las invasiones de los señores vecinos, se dedicaron de nuevo á sus trabajos con un ardor y confianza que triplicó el valor de la baronia de Montelimart.

Habiendo consolidado la prosperidad interior de sus dominios, quiso el baron asegurar tambien su tranquilidad fuera de ellos. Para esto hizo un viaje á Paris, adonde fué recibido con grande afecto por Catalina de Medicis, porque en esta época cansada la reyna madre del ascendiente que querian tomar sobre ella los Guisas, queria hacerse partido entre los hugonotes, para oponerse á las exigencias de los príncipes de Lorena.

Así fué, que algun tiempo despues de su vuelta al Delfinado, no quedó poco sorprendido el baron al recibir una carta de Catalina en que le decia «Que seria de su agrado que se dedicara el baron á destruir la influencia que pudiera tener el duque de Guisa en el Delfinado, que todos los medios serian buenos con tal que se consiguiera el resultado; que los protestantes le ayudarian con sus fuerzas para resistir al duque, que no se trataba de un asunto de religion, sino de política; que la iglesia estaba menos interesada que el rey: que finalmente, ella tomaba sobre sí toda la responsabilidad, y sostendria al baron con todo su influjo.»

Seguro de poder adherirse al partido vencedor cuando el éxito de la guerra hubiese decidido el triunfo, resolvió el baron des Adrets esperar el resultado de los acontecimientos sin tomar parte en ellos. Así fué, que cuando los asesinatos de Vassy dieron la señal

para tomar las armas á los gefes protestantes (1) él no envió al príncipe de Condé sino un pequeño número de tropas, diciendo que le era muy sensible no poder mandarle en persona. Además, que estando próxima su esposa á ser madre, era necesaria su presencia para contener á sus peligrosos vecinos, que no esperaban mas que su ausencia para invadir sus dominios y molestar á sus vasallos. Todo lo mandó decir de palabra guardándose muy bien de escribir. El hecho es que el baron era demasiado dichoso para encontrar placeres y encantos en la vida soldadesca y en las fatigas de la guerra; el descanso y las comodidades le parecian muy dulces para que pensase abandonarlas; en efecto, nada faltaba á su felicidad. Su esposa á quien el tiempo no habia curado aun de su lúgubre locura, acababa de darle un hijo, un hijo destinado á ser un dia poseedor de todos los vastos dominios de la baronia de Montelimart, porque el heredero legítimo de estos bienes, el pequeño Raoul, arrastraba una existencia dudosa entre la vida y la muerte desde el dia que el feroz marques de Rochecorbon le tiró contra el suelo en el castillo. Pálido, contrahecho, raquítico, objeto de aversion para todos, Raoul se desarrollaba con dificultad y de una manera disforme. Su cabeza sumida en el pecho, no ocultaba por esto una enorme joroba formada por la rotura de su columna vertebral, y últimamente sus brazos flacos y torcidos caian hasta cerca de los descomunales pies del pequeño monstruo. Sus padecimientos habian desfigurado tambien las facciones delicadas y hermosos contornos de su rostro, la boca se le habia ensanchado terriblemente y hasta sus miradas habian per-

(1) El 4.º de marzo de 1562, pasando el duque de Guisa por Vassy en Champagne, su comitiva armó una pendencia con los hugonotes que se hallaban reunidos para oír el sermón. Llegaron á las manos. El duque corrió á apaciguar el tumulto, y recibió una pedrada en la cara, entonces los que le acompañaban le arrojaron sobre los calvinistas, mataron 50 é hirieron cerca de 200.

Este suceso fué la señal de una guerra civil de las mas crueles. Los hugonotes habiendo pedido justicia inútilmente del asesinato de sus hermanos, creyeron un deber hacerse por sí mismos con las armas en la mano. El príncipe de Condé á quien eligieron por su gefe, se apoderó el dos de abril, de Orleans, que luego llegó á ser el baluarte del protestantismo. Siguiendo su ejemplo los hugonotes, se hicieron dueños de muchas ciudades de las mas ricas del reino, tales fueron Blois, Tours, Angers, Poitiers, La Rochelle, Rouen, Dieppe, el Havre y Lion. «Adonde ellos dominan», decia el *Art de verifier les dates*, «allí las iglesias son saqueadas, las imágenes hechas pedazos, las reliquias de los santos quemadas, los monasterios destruidos, los sacerdotes maltratados y muchas veces cosidos á puñaladas.»

No contentos con encender la guerra civil en su patria, los hugonotes llamaron en su socorro á los ingleses y les entregaron el Havre. El temor de que estos enemigos de Francia no se establecieran de nuevo en la Normandia hizo á la corte tomar el partido de sitiar á Rouen. Se dió el asalto el dia 26 de octubre; Antonio de Borbon que mandaba el sitio, murió de las heridas que recibió en él.

La toma de Rouen hizo someterse á otras ciudades de la misma provincia. El príncipe de Condé despues de bloquear á Paris algunos dias se replegó hacia las fronteras de la Normandia intentando otra nueva invasion. Cerca de Dreux fué batido y hecho prisionero juntamente con el condestable por el duque de Guisa. En esta batalla perdió la vida el mariscal de san Andrés, y el duque de Nevers recibió una herida mortal.

Por último, el 19 de marzo de 1563, cuando el partido católico perdió al duque de Guisa que fué asesinado por Poltrot delante de Orleans, el rey dió un edicto de pacificación fechado en Amboise, que ha sido la concesion mas ventajosa que alcanzaron nunca los hugonotes en Francia.



dido la espresion de melancolia que habia heredado de su madre. Presa casi continua del dolor que inútilmente combatia la medicina, casi todos huian del niño raquítico cuya vida parecia que se apagaba por momentos. Solamente una persona no le abandonó y le acercó á sí con una ternura estrema, era esta su nodriza Juana. Ella dedicó su cuerpo y alma á Raoul; no vivia sino por él y para él, no le dejaba ni un instante, velaba á su lado sin cesar, bien descansara en la cama que rara vez le permitian abandonar sus dolores, bien cuando animado por los rayos del sol trataba de arriesgar bajo los árboles del jardín sus pasos trémulos, vacilantes, llenos de indecision y lentitud. Ella estaba allí para apaciguar sus gritos y para calmar su padecer, convertida en un esclavo de sus menores caprichos. Nada en el mundo la hubiera impedido satisfacer la exigencia mas ridicula de su señorito Raoul. Este, como todos los niños abusaba de la ternura de su nodriza, y se gozaba en hacerla desesperar. El que temblaba al ruido solo de las espuelas del baron des Adrets se mostraba implacable para la pobre Juana sin que le enterrecieran las lágrimas, que hacia derramar á la infeliz ya por su indiferencia, ya por las crueles espresiones que la dirigia. Todo lo sufría Juana sin quejarse; una palabra tierna; una sonrisa de Raoul enjugaba sus lágrimas, le hacia olvidar dias enteros de padecimientos, y causaba su felicidad. Nada era bastante para cansarla ni disminuir su afecto. Discurriendo siempre lo que pudiera agradar á su niño inventaba mil juguetes y diversiones que le hiciera menos pesadas las horas que su estado enfermo le obligaba á pasar en inaccion.

El mayor placer de Juana era adornar á Raoul con ricos vestidos que ella misma habia hecho y llevarle en sus brazos á un cenador de abetos, que habia en un extremo del parque, al borde de un precipicio sobre una elevacion que dominaba todo el paisage. Raoul generalmente triste y taciturno, se exaltaba á la vista de las escenas pintorescas que desde este sitio se presentaban ante él. Ya no era el mismo, su fisonomia se animaba,

sus ojos relucian, su pecho se dilataba y parecia renacer á la vida.

No creemos necesario decir que Juana se tenia por muy dichosa al ver á su pobre amo en este estado y por consiguiente que no dejaba de llevarlo todos los dias al cenador. Ella hacia labor á su lado, interrumpiendo á cada instante su trabajo para fijar sus ojos sobre su querida criatura.

Un dia, que conforme á su costumbre estaba al lado de Raoul, el niño manifestó el sentimiento que tenia por no haber llevado á un perro á quien queria mucho, para jugar con él, y mandó á Juana que fuera á buscarlo. Juana le contestó que era preciso tardar lo menos diez minutos para llegar al castillo y que no se atrevia á dejarle solo tanto tiempo. No fué necesario mas para que á Raoul le acometiera un acceso de cólera tan violento, que la pobre nodriza, asustada de las contorsiones que hacia se vió en la precision de ceder y corrió con la rapidez que pudo en busca del perro.

Apenas habia desaparecido, cuando el niño por un espíritu de contradiccion y desobediencia natural en su edad se acercó al borde del precipicio, al que Juana le habia prohibido llegarse; se deslizó fuera de su asiento, y medio arrastrando, medio andando, se aproximó hasta que pudo medir con la vista la profundidad espantosa del abismo. Era esta tal que la impresion que produjo en Raoul fué un aturdimiento completo. Mientras que él estaba allí fascinado, sin tener la fuerza necesaria para retroceder, dando gritos de terror, llegó el baron des Adrets que casualmente estaba paseando á corta distancia. Su primer movimiento fué agarrar á Raoul y volver á sentarlo en el sillón, de donde el niño se habia escapado.

—He llegado á tiempo, dijo para sí, algunos minutos despues ¿qué hubiera sido del heredero del baron de Montelimart? Todas estas posesiones pertenecerian á mi hijo; porque al cabo, al cabo, este miserable jorobado puede vivir y el dia que llegue á la mayor edad; reclamar la herencia de su padre.



Vista de Rochecorhon.



El baron se alejaba poco á poco.

De repente, un pensamiento horrible, un vértigo atroz se apoderó de él. Volvió atrás bruscamente, agarró al niño, le arrojó en el abismo y huyó.

Algunos momentos despues llegó Juana jadeando con el perro en sus brazos. Al ver vacío el sillón dió un grito de terror y desesperacion y cayó sin conocimiento soltando al perro que corrió en derechura á los bordes del precipicio, allí se detuvo dando dolorosos alaridos.

Cuando la nodriza volvió en sí ya era de noche. Una violenta tempestad hacia caer la lluvia á mares. Juana corrió al castillo pidiendo socorro y bajó ella misma al fondo del precipicio. Todas sus pesquisas fueron inútiles; no se pudo encontrar el cadáver de Raoul, á pesar de la considerable suma que el baron des Adrets ofreció á los que presentáran el niño vivo ó muerto. Asi fué imposi-

ble hacer constar la muerte del jóven baron de Montelimart.

Todos se perdian en conjeturas sobre una desaparicion tan misteriosa; la opinion mas generalmente admitida era que Raoul se habia caído en el precipicio y que el torrente que atravesaba por el fondo, aumentado considerablemente por la tempestad habia arrastrado consigo los restos del niño desgraciado.

De todos modos, el crimen del baron des Adrets fue inútil y de ningun fruto, puesto que no pudo tomar posesion completa de los bienes del que creía haber asesinado. El rey nombró un tutor para la administracion de las posesiones de Montelimart durante diez años, «pasados los cuales, añadía la decision real, el hermano menor de Raoul será su heredero.»

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

## BAÑOS DE GESTONA.



Liberal en extremo fué con nosotros naturaleza al colocarnos en un suelo privilegiado, y concedernos tantos dones preciosos como encierra. Por donde quiera que recorramos nuestro hermoso pais, vemos confirmada esta verdad, hallando por todas partes pruebas de predileccion, y nuevos motivos para contemplar admirados las inmensas riquezas que con mano prósvida derramó entre nosotros. Pero este gran número de preciosidades están muy lejos de ser conocidas debidamente, como por desgracia sucede tambien con obras de mérito y establecimientos magníficos que embellecen á porfía

nuestra nacion; y que por lo tanto no pueden apreciarse en su verdadero valor. Este olvido culpable en que yacen muchas de nuestras cosas mas ricas, es una de las causas que obliga á muchos á buscar en el extranjero lo mismo que acaso con ventajas hubieran hallado en su pais, dejando allí de este modo grandes intereses que podian haber quedado entre nosotros. Sucede esto especialmente con las aguas minerales que todos los dias vemos pasar á usar á reino extraño, sin parar la atencion en las apreciables y prodigiosas fuentes de nuestro suelo; aun cuando tengan establecimientos suntuosos donde

TOMO II.

19



se encuentran todas las comodidades, como sucede en el de Cestona.

Situado este magnífico establecimiento en la provincia de Guipuzcoa, se conoce desde luego que ha de gozar por su pintoresca posición ventajas extraordinarias para la época de usar las aguas medicinales. Así es en efecto; la frondosidad de su quebrado terreno, el eterno verdor de su superficie interrumpido únicamente por las habitaciones de sus moradores desparramadas por todas partes formando un solo pueblo, hace sumamente alagüeño este país, en un tiempo en que parece ocultarse la naturaleza secando sus producciones vegetales, y aumenta al mismo tiempo esta amenidad la fresca placentera de que goza por su situación al extremo norte de nuestra península. Es tan estremadamente grata la impresión que produce la soberbia vegetación, que cubre tanto los profundos valles como las laderas y cumbrones de las montañas, tan agradable la sensación que causa ver habitado por todas partes aquel delicioso país y á sus habitantes esparcidos en todas direcciones, obligando con su sudor á la tierra á darles el necesario sustento, y tan consolador y delicioso el ambiente que allí se respira, que el alma se dilata y enagena y se siente una emoción superior á cuanto puede explicarse.

Satisfecho y lleno de placer atraviesa el viajero aquel pequeño país y llega, antes de haber saciado su ánimo de contemplar tanta belleza, al hermoso establecimiento de baños de Cestona, que llaman los del país Guesalaga (agua salada); sin haberse entregado á las ideas sublimes que inspira tal conjunto, porque la continua variedad de objetos alagüeños que sucesivamente le proporciona el camino no le permite más que sentir y gozar. Colocado en el mismo camino, aunque oculto en la silenciosa cañada en que nacen sus aguas minerales, sorprende dulcemente el ánimo embelesado del viajero, que vé allí de repente el término de su viaje y el lugar misterioso donde espera encontrar la salud. Al través de la elegante portada descubre el hermoso y estenso paseo arbolado donde vé á muchos de los que van á ser sus compañeros, y al fin distingue la grandiosa hospedería. Al mismo tiempo ha llamado ya su atención otra buena casa de huéspedes que hay al lado opuesto del río, que sin embargo de no presentar el aspecto suntuoso que la del establecimiento es hermosa también, y contribuye mucho á animar aquella deliciosa soledad. Si grande es la sorpresa que causa ver en tan separado lugar lindos paseos y un establecimiento magnífico; no lo es menos la que se siente al reparar la pulcritud y esmero con que se asiste á los huéspedes, la elegancia de todas las habitaciones, el buen gusto de su distribución y mas que todo la escogida sociedad que le sale al encuentro. Tal es en verdad el cuadro que se presenta al concurrente á esta célebre casa de baños, propia del señor marqués de Villalegre y señor Milian.

En la ribera izquierda del tranquilo Urola á poco mas de una legua de Azpeitia, en la jurisdicción de Cestona que se halla á corta distancia, está situado este elegante establecimiento, coronado de un espeso bosque de castaños que cubre al Ayaquela al descender rápidamente á prestarle cimiento y ofrecer al hombre el precioso don de sus aguas. Además del gran paseo en tres espaciosas calles, tiene una magnífica galería de columnas sobre la cual se levanta otra que abre paso á una nueva casa que se está construyendo delante de aquel. La casa presenta á su entrada un gran tránsito en que se abren tres espaciosos comedores, la administración y otras habitaciones, además del departamento de baños y la hermosa escalera que conduce á los otros tres pisos. El local de los baños que se halla á la izquierda de la casa se ha reformado completamente y adornado con gusto, presentando todas las comodidades que pueden desearse.

Las bañeras son de mármol la mayor parte, y reciben por hermosas llaves una agua cristalina, sin color ni olor; salada y caliente á la temperatura de 29 grados de Reaumur, en un manantial, y de 27 en otro que desprende muchas burbujitas, al mismo tiempo que arrastra una gran porción de copos ferruginosos. No me es del caso referir el gran número de dolencias crónicas que hallan en estas su curación, pero no puedo dejar de advertir que la mayor parte de los trastornos de la digestión, los afectos reumáticos, el hístico, los espasmos y dolores nerviosos, los desarreglos de las funciones propias del bello sexo, las escrófulas y otras muchas enfermedades se curan á beneficio de su acción medicinal. El resto del establecimiento reformado también este año es todavía mas suntuoso, pues los hermosos salones que hay en cada piso están adornados con primor y el principal destinado especialmente para recreo tiene un excelente piano y otras comodidades. Las habitaciones están también amuebladas con esmero; tienen elegantes camas y cuanto puede necesitarse para el servicio. Las tres mesas redondas se sirven con esplendor y delicadeza: las personas mas bien acostumbradas y de alto rango no hallan nada que desear, pues á la variedad y abundancia se une el esmero y gusto para el servicio. En la actualidad tiene á su cargo el establecimiento don Florencio Piniños, el que procura proporcionar á los huéspedes todas las comodidades y ventajas que pueden apetecerse.

Al otro lado del río, que se atraviesa por un hermoso puente de cuatro arcos, está la casa hospedería de que ya se ha hecho mención, propia de doña Catalina Zubizarreta, de tres pisos habitables y mas pequeña que las de los baños, en la que se encuentra muy buen servicio también, relativamente al menor precio que tiene establecido.

El aspecto de esta rica cañada es muy lindo, y sin embargo de que su horizonte es corto se goza de una atmósfera pura y serena, y de un cielo apacible cuyos rayos solares reflejados en las verdes laderas de aquellos montes impresionan dulcemente, mitigando la viveza de su luz y su calor. Solo los vientos del sur y norte tienen acceso fácil á esta cañada por los puntos de entrada y salida del Urola, y la disposición del monte en cuya falda se eleva el establecimiento le libra en parte de los ardorosos rayos del sol. El viento dominante en este tiempo, y el mas placentero y á propósito para usar los baños es el nordeste, que penetra también en la cañada por el punto de salida del río.

No son raras las lluvias en aquel país, que sin embargo de ser cortas en el verano, refrescan y limpian la atmósfera, al paso que alimentando la vegetación evitan que sean infructuosos los afanes de sus habitantes; porque teniendo sus labores en pendientes y colinas no llegarían de otro modo á coger el fruto de sus trabajos. Es templado siempre y en este tiempo se goza una temperatura agradable, de modo que no se sienten los rigores del estío, y se disfruta en cambio de un ambiente suave y consolador y de las delicias de la mas frondosa vegetación; que con el sosiego y tranquilidad de ánimo que infunde aquella encantadora soledad hacen alagüeño y dulce el vivir. Se halla tan bello país á los 43 grados y 20 minutos de latitud septentrional, y á los 15 grados de longitud oriental del meridiano de la isla de Hierro. Es su terreno de sedimento superior ó terciario, compuesto especialmente de calizas, margas y arcillas mas ó menos ferruginosas. Los alimentos son muy buenos: las carnes son tiernas, las aves delicadas, sabrosos los pescados y buenas las legumbres y verduras. El pan es exquisito, el vino que allí usan es navarro y de Rioja además del propio del país que llaman chacolí, y de la sagardua ó vino de manzanas, que es la bebida general de aquellos habitantes. El agua es pura y buena, y se usa generalmente de una gran naciente que hay en una



especie de gruta muy vistosa inmediata al río. Fuera del establecimiento acostumbra a pasearse los concurrentes en el camino de Azpeitia, lo que proporciona algun recreo y ver con anticipacion los nuevos huéspedes. Pasean tambien en el camino antiguo de Cestona que es ameno, aunque algo penosa su subida desde el establecimiento: pero el mas frecuentado es el actual que sigue al puerto de Zumaya, en el que hay hasta Cestona una rambla cómoda elevada sobre el camino para que no incomoden los carros que continuamente le atraviesan. Es muy linda la perspectiva que presenta este paseo por la bonita vista del pueblo que se descubre á corta distancia, por el caprichoso curso del río y estenso puente que le atraviesa, y por el buen efecto que produce el palacio de Lily colocado en el fondo del valle y los demas caserios que por todo aquel terreno se distinguen.

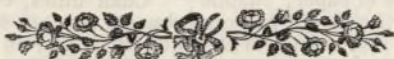
Siguiendo este camino se halla antes de un cuarto de legua la villa de Cestona, que dá nombre á los baños por estar en su término. Es esta villa bastante bonita y está compuesta de unas cincuenta y tantas casas de piedra de dos y tres pisos, entre las que se ven algunas muy buenas, y de una plaza adornada con la linda fachada de la iglesia y casa de ayuntamiento. Tiene esta una gran sala en que se celebraban las juntas generales de provincia, por ser uno de los diez y ocho pueblos que gozaban de esta prerogativa en su antiguo régimen foral; y en el ángulo que forma su fachada esta adornada con un grande escudo de las armas de la villa, que consisten en una cruz floreteada de gules en campo de plata y cinco panales ó corazones de oro.

La poblacion de Cestona, que es de unos doscientos vecinos, está la mayor parte desparramada en caserios por la jurisdiccion que se estiende unas dos leguas en varias direcciones. Se encuentra en ella al sur el barrio de Lasao, propio tambien del marqués de san Milian, en el que tiene su buen palacio que se deja á la derecha como á un cuarto de legua antes de llegar á los baños, y hay un escelente manantial de aguas ferruginosas. Al norte se halla tambien á poco mas de un cuarto de legua el de Iraeta, propiedad del duque de Granada. en el que hay una gran fabrica de frascos de hierro para el mercurio, que está ya con otras ferrerías en la jurisdiccion de Deva que limita el río. Se vé tambien en la comarca el palacio de Lily situado en el mismo valle de Cestona, que parece dispuesto para fuerte, aunque en el dia está ya casi ruinoso y se han apeado las piedras caladas que formaban la almena y coronaban el edificio, conservándose solamente las garitas de los ángulos. Existe ademá el de Bedua á media hora de Zumaya, en cuya lonja descargan los barcos que entran por aquel puerto, y algun otro palacio. Tiene ademá como anejo la pequeña villa de Ayzarna, distante algo mas de media legua al este. Se refiere la fundacion de Cestona al año de 1383 en que por real cédula de 15 de setiembre, dió facultad don Juan I de Castilla á los vecinos de Ayzarna para que la poblasen, mandando construir inmediato al pueblo un puc. ite que despues se ha reedificado, y que ter-

mina en la hermosa fuente principal de la poblacion. Esta situada esta villa en un pequeño valle cercado de montes y en la vertiente que mira al sudoeste del Erchima, cuya falda sigue el río Urola á corta distancia del pueblo rodeándole en gran parte, hasta que toma su direccion natural al norte para desaguar en el oceano á poco mas de una legua á la derecha de la villa de Zumaya. Por su situacion está bastante resguardado de todos los vientos, escepto de los del norte y aun del sur. Calculado el movimiento de la poblacion en un quinquenio, resulta ser el número de bautizos de veinte y siete á treinta, el de defunciones incluso los párvulos, de trece á catorce, y el de matrimonios de seis; en Ayzarna es algo menor por su mas reducida poblacion.

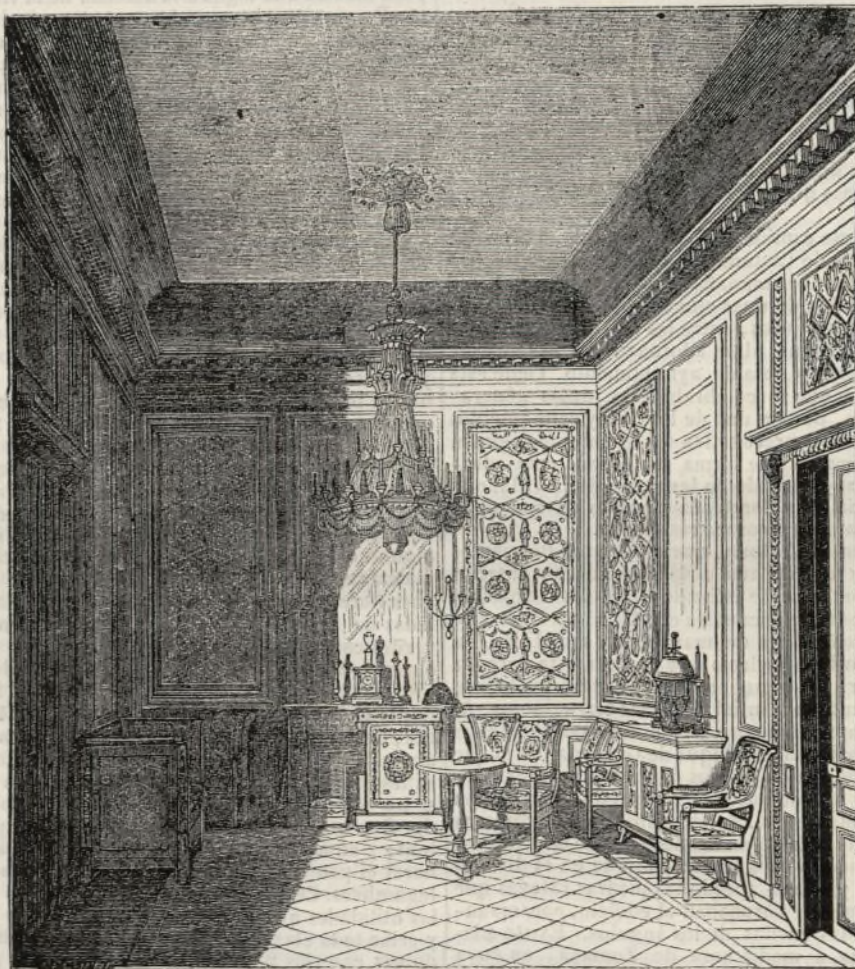
Sus habitantes son en general labradores, y se ven como en el resto del país entregadas las mugeres á las rudas labores del campo. Allí las bellezas del sexo no las libra de la dura condicion impuesta al hombre, y se vé una hermosura disputando á la tierra sus frutos, obligarla con su sudor, no ya con sus lindezas, á rendirle el pan preciso para su alimento. Colocados en un suelo ingrato y escabroso, solo á fuerza de un esmerado y continuo trabajo pueden arrancarle sus producciones, y precisarle á rendir cosechas duplicadas con la alternativa bien entendida de los frutos que cultivan. Tan continuada é incansable laboriosidad llega á hacer ameno todo aquel país, siempre cubierto de vegetacion, y á convertir en campos frondosos los mas pequeños valles y hasta las laderas y crestas de las montañas, formando un jardín delicioso de una tierra desagradecida. Por todas partes se la ve llena de frondosidad, y no hay punto alguno que no esté cubierto ya de una rica vegetacion matizada de los mas vivos y bellos colores por las muchas flores esparcidas en todo él: ya de dilatadas arboladas de manzanos que aumentan la hermosura de su verdor con la belleza de sus frutos, ó ya coronado de espesos bosques que forman los copudos castaños, soberbias hayas y eternos robles que por todas partes limita el horizonte de tan ameno paisage. Todo es verdor, todo es vida; y al contemplar las fatigas que cuesta á aquellos infelices habitantes el corto fruto que la tierra les ofrece, se siente una grata emocion de afecto y se les tributa un sentimiento de gratitud bien merecido. Con todo este afán, cogen lo necesario para su sustento y aunque recogen algun trigo, es su alimento general el pan de maíz, las castañas, la leche y algunas legumbres. Cuidan en estremo el ganado vacuno por las utilidades que les presta con su leche y sus labores, y crían toda clase de volateria que les permite el terreno de sus caserios y que sirve la mayor parte para el consumo de los bañistas. Se aplican tambien á la fabricacion del hierro que estraen de Mena de Somorrostro, y hay varios molinos harineros, taller de ebanisteria y algunas tiendas pequeñas de géneros. Tal es la villa de Cestona privilegiada en la suerte de los pueblos por tener á su inmediacion el precioso raudal de salud que me ha ocupado especialmente en este artículo.

JOSÉ SALGADO.





## ESTUDIOS DE VIAGES.



Sala de la abdicacion.

### Fontainebleau.

Los artículos de viages son leídos con afán, y deben serlo cuando el que los ha escrito lo ha hecho sobre los lugares mismos que describe, cuando la inspiración de su alma se traslada con verdad sobre el papel, cuando hace una copia al natural, y estos artículos que parecen tan fáciles, tan sencillos, son los que mas cuestan al literato pintor, porque sobre el estudio necesario para trazar su cuadro ha tenido que sufrir todos los disgustos, todas las penalidades que consigo llevan los viages, aun los que se hacen con la mayor comodidad. Los viages! Nosotros hemos comenzado á trazar un cuadro natural, verdadero, de la pintoresca Italia, de que hemos

dado una muestra en la descripción de la *Semana Santa en Roma*, que tan favorable acogida ha merecido de los numerosos suscritores del *Museo de las Familias*. Viage que continuaremos sin interrupción así que estén concluidas las lindas viñetas que han de representar los principales edificios de ese país pintoresco, que todos los años van á recorrer millares de viajeros.

Cuán útiles, cuan interesantes los viages bien y fielmente escritos son, á esa multitud ansiosa de lectores que sin fatigas, sin molestias recorren los mas interesantes países del globo!

Supongamos que en uno de estos hermosos días del mes de junio, al asomarse á su balcón, cualquiera de nuestros lectores estasiado con la frescura de la mañana por el canto de un pájaro, el olor de las flores y la suave brisa que agita sus cabellos, le viene el deseo de hacer



un viaje á París, á Italia ó la Suiza, ó á cualquiera otra parte. Dos maneras hay de ejecutar tan bello proyecto.

En el primer caso se saca, no sin gran trabajo é incomodidad, el pasaporte, se toma un billete en las diligencias generales ó peninsulares, ó una silla de posta; se vacía en los bolsillos el dinero de la gabela, se dá un abrazo á su muger el que la tiene, y arrea postillon, ó mayoral, á Bayona ó á Marsella!

Este es el método generalmente recibido de viajar y muchos creen que no hay otro. Qué disparate! Muchos prefieren el segundo método. No hay mas que tomar la bata mas cómoda, las babuchas mas anchas, recostarse en el mas mullido sofá ó en la mas cómoda butaca, y para dar una vuelta por la Italia, la Francia ó la Suiza no hay necesidad mas que de coger un libro con lindas viñetas que trate de esa materia.

Hay ademas la ventaja de que, si se tiene la suerte de dar con un viaje fielmente escrito, contado con ligereza y buen éxito, se tiene por compañero de viaje un hombre de talento, que no le dejará á uno á la primera parada, que no le molera á indiscretas preguntas, ni le usurpará la mitad del asiento en su cómoda butaca, ni hará almohada de sus hombros cuando le sorprenda el sueño.

Puede seguirse en su compañía el viaje sin la espicion de ser detenido en España por un celador, y en Francia por un gendarme, ni robado por un ladron disfrazado en posadero.

Si detienen á vuestro compañero de viaje para pedirle el pasaporte le dejais que se componga como pueda con el alcalde de monterilla que se llena la boca con el *yo soy el rey*, seguro de que nada os amenaza.

Gozaís de todas las ventajas del viaje sin ninguno de sus inconvenientes. Vuestro compañero experimenta todo el fastidio del camino. Por la noche os despedís de él dejándole tendido en un mal colchon de una posada ó en un rincon de la diligencia, si ha tenido la suerte de lograr uno de los rincones, ó empaquetado sin movimiento entre dos viajeros, y os vais á dormir tranquilamente á vuestra buena cama.

Veís todo lo que él ve tan bien como él; visitais en su compañía las catedrales, los monumentos, los museos, los jardines y paseos públicos. Si hay papeletas que sacar para ver estas cosas él las saca, y él paga las propinas á los conserjes y sacristanes.

Cuando el viajero tiene hambre os desayunais por él, cuando tiene sed, bebeis frescamente por él, si hace frio haceis encender la chimenea ó traer un buen brasero, si hace calor echais las persianas ó las cortinas y viajais á la sombra.

Cuando os canséis de su compañía, le decís: por hoy bastante he andado, sigue tú adelante que mañana te alcanzaré despues de almorzar, y dejais á vuestro compañero á la intemperie de las lagunas Pontinas, en la cumbre del Moncenis, ó á las orillas del Nilo, y os vais por la noche al Principe á ver la Rueda de la Fortuna, ó al Circo á ver las piruetas de la Gui-Stephan.

A la mañana siguiente trataís de reuniros apresuradamente á vuestro compañero de viaje, temiendo que aquella noche no haya sido asesinado por algun bandido ó devorado por algun cocodrilo! Antes de reuniros á él almorzais muy bien, y luego costeais el Nilo, ó subís el Simplon, y concludís por encontrar á vuestro compañero ó sentado al pié de una delas pirámides, ó junto á alguna de las neveras de Domo-isola.

Os cuenta lo que ha visto, lo que ha hecho la noche última, como ha atrapado un fuerte resfriado, y no ha podido atrapar nada de provecho para cenar.

En fin llegais al término y con el mas puro placer esclamaís. Vaya un viaje que nos ha dado bastante ruido!

Vuestro compañero ha pasado la pena negra, vuelve

molido de fatiga, medio muerto de hambre, habiendo gastado muchos pares de botas y muchísimo dinero, vosotros volveís el mismo dia que él, pero frescos, colorados, habeis visto lo que él ha visto, aprendido lo que él ha aprendido, y sin costaros ni un ochavo si por hasta colmo de ventura el libro de viaje que leéis os lo ha regalado el autor, ó prestado algun amigo.

Si alguna vez los lectores del Museo, y nuestras bellas lectoras, tienen ganas de dar una vuelta al mundo, háganlo sin dejar su cómoda butaca, ó su sofá con muelles, tomen los viajes de Mr. Arago, ó del almirante Dourmon d' Urbille, y nos contarán maravillas como si realmente lo hubiesen recorrido.

Nosotros hemos seguido impulsados de nuestro destino el primer método de viajar, método lleno de fatigas y vejaciones, y ya hoy descansados en nuestro gabinete, queremos al menos servir de compañeros á alguna de las bellas é indolentes lectoras del Museo que ojearán con toda comodidad en sus horas de ocio estos artículos escritos en las largas noches de emigracion y á la vista de los lugares mismos que describimos.

Un movimiento revolucionario habia obligado á la reina Cristina á abdicar la regencia del reino y á separarse en Valencia de sus hijas, y buscar un asilo hospitalario en la corte de Francia. Los franceses todos desde el monarca hasta el último individuo del pueblo, se apresuraron á obsequiar dignamente á una señora, á una reina desgraciada. Su marcha desde Portvendre á París fué una continua ovacion. Al aproximarse á París, el rey, la reina de los franceses, los príncipes, los grandes dignatarios del estado, se apresuraron á salir á su encuentro para recibirla en el palacio de Fontainebleau. La ciudad se hallaba llena de soldados, el palacio vastísimo era estrecho para contener los augustos personajes destinados al recibimiento real de esta princesa.

La curiosidad de los parisienses escitada por la novedad, hacia que los caminos estuviesen llenos de carruages. Nosotros tomamos una silla de posta, descábamos tambien volver á ver á la que habíamos visto sobre el trozo de Madrid en todo el esplendor de su magestad, reina y regenta del reino.—Caminábamos en posta como unos príncipes. Al vernos pasar por los pueblos del tránsito y en las paradas decían: son unos diputados! unos pares! unos ministros! una potencia seguramente! Eramos nosotros los que pasábamos, unos emigrados que iban á ver llegar un augusto emigrado á un palacio que la providencia en sus fatídicos decretos parece haber destinado hace muchos siglos para morada de reyes destronados.

Ay! cuán tristes recuerdos históricos nos asaltaron. A Fontainebleau vinieron á buscar un asilo, Enriqueta de Inglaterra viuda del desgraciado Carlos I cuya cabeza cayó bajo la cuchilla de Cromwel, Carlos Stuardo; y á mitad del siglo XVII esa reina de Suecia que abdicó la corona y de todas sus alhajas, solo se reservó una espada para hacer asesinar á su amante Monaldechi en una de las galerías contiguas á su estancia que aun conserva el nombre de Cristina. Allí halló un refugio el destronado rey de Polonia Stanislaw. Pio VII arrebatado por Napoleon su poder temporal, vino á habitar este palacio testigo de las angustias del venerable pontífice, y donde firmó el famoso concordato que despojaba para siempre á la tiara de su triple corona y de su antiguo poderio. En Fontainebleau fué por algun tiempo relegado Carlos IV rey de España destronado por Napoleon, y por una espacion providencial en Fontainebleau es tambien á su vez destronado Napoleon y confinado á la isla de Elba.

En Fontainebleau iba á ser recibida tambien María Cristina de Borbon!

La ciudad se hallaba toda en movimiento. A las tres



debía llegar la reina. Grande fué nuestra alegría por haber podido hallar en uno de los hoteles una cama y un cuarto. El palacio de Fontainebleau está rodeado de magníficos jardines. Árboles que cuentan siglos de existencia, abundantes y transparentes aguas, un aspecto natural de magestad y de grandeza, un hermoso estanque, y en medio de este estanque un pabellón construido por Napoleón! Las tropas aguardaban ya la llegada de la reina en el patio del palacio. Un ejército extranjero iba á hacerla los honores debidos á la magestad real. El redoble de los tambores mezclado al sonido de las trompetas y de las músicas, el ruido de los cañones arrastrados por cuatro caballos que marchan altivos, graves, y severos como que arrastran la *última razón de los reyes*, formaban un espectáculo hermoso, sorprendente. La tropa estaba colocada al pie de esa escalera de Fontainebleau, en aquel patio célebre donde se desenlazó el mas grande drama del universo.

Apenas hace treinta años, y parece que han pasado ya dos siglos! En ese mismo patio que resonaba con las músicas guerreras del ejército de Luis Felipe para recibir á María Cristina de Borbon, permanecía silenciosa, muda, ocultando sus lágrimas la vieja guardia del grande ejército de Napoleón. Aquella vieja guardia cuyo solo nombre hacia abrir las puertas á las capitales de Europa, que se había batido en todos los campos de batalla del universo. Allí estaban los guerreros de Arcole, de Aboukir, de Marengo, los soldados de Austerlitz, de Friedland, de Madrid, de Vagraan, y de Moscow; y al través de tantas glorias y peligros se encontraban allí vencidos y diezmados en aquel patio, que era todo lo que les quedaba de un grande imperio; su último campo de batalla. En ese palacio cuyas puertas y ventanas estaban abiertas, se ocultaba en su dolor y en sus angustias el emperador Napoleón. En vano había hecho frente á la Europa entera coaligada, el génio había cedido á la fortuna, el águila imperial herida de muerte en Moscow, apenas había tenido fuerza para tender su vuelo y venir á espirar al patio de Fontainebleau. Había sonado la hora en que el emperador debía romper su espada que cual la de otro Breno pesaba tanto en la balanza del mundo. Su sacrificio se había completado como su gloria.

Entonces se abrió la puerta del palacio, y se vió bajar un hombre solo, la mirada altiva, el paso firme, triste pero no abatido, envuelto en su leviton gris con el sombrero de tres picos, que ha llegado á ser histórico: un solo mes de reverses le había envejecido mas que diez años de batallas. Conmoviéronse los corazones de sus fieles soldados al verle aun tan grande en la desgracia. No comprendían los pobres porque los separaban de su emperador! bajaron la cabeza vertiendo lágrimas mal reprimidas: una voz bien conocida de ellos los hizo volver de su estupor.

«Soldados, les decía, me despido de vosotros. Hace veinte años que constantemente os he encontrado en el camino de la gloria y del honor. En estos últimos tiempos como en los de nuestra prosperidad no habeis dejado de ser el modelo de bravura y de lealtad. Con hombres como vosotros nuestra causa no estaba aun perdida pero la guerra sería interminable. Sería una guerra civil y la Francia mas desgraciada. Sacrifico todos vuestros intereses á los de la patria. Parto, vosotros amigos míos continuad sirviendo á la Francia. Su felicidad es mi único pensamiento y será siempre objeto de todos mis votos, no compadezcáis mi suerte, si consiento en sobrevivirme es para servir aun á vuestra gloria. Quiero escribir las grandes cosas que hemos acometido antes. A Dios, hijos míos! Desearia estrecharos á todos sobre mi corazón, al menos abrazaré vuestra bandera.»

Abrazó las águilas y al general Petik, y bajó con paso firme y tranquilo esa misma escalera de Fontainebleau.

—A Dios otra vez mis antiguos camaradas! Que este último beso pase á vuestros corazones! dijo y arrancándose del grupo que le rodeaba, se lanzó al coche en cuyo fondo le esperaba ya el general Bertrand.

Así se separaron en aquel patio el 10 de abril de 1814 el emperador y su grande ejército para ir á morir el uno y los otros en la misma tristeza, la misma gloria y el mismo abandono. Napoleón había perdido en aquel palacio su trono, porque hombres que de la nada había elevado al rango de príncipes y generales le habían vuelto la espalda y pasábase como Marmont al enemigo. Mientras aguardábamos la llegada de la reina que llegaba allí desterrada, entramos en el interior del palacio.

Una vez dentro piérdese uno en él: es el mas maravilloso laberinto que puede concebir la imaginación humana. Vense allí vastas galerías, salones inmensos, anfiteatros, escaleras gigantescas, misteriosos corredores, dulces gabinetes ocultos en los espesos muros, balcones con balaustradas de mármol y de bronce. Todos los tiempos, todos los lugares, todas las artes, todos los monarcas tienen su historia escrita en bellos monumentos en las mismas. El siglo XVI ha depositado en él todos sus caprichos, todo su lujo, toda su poesía. Luis VIII y Enrique IV han impreso en él su sello italiano y francés á la vez. Luis XIV ha dejado en él su magnificencia real. Napoleón, aumentó su grandeza, recordando sin duda que allí había recibido por esposa una emperatriz que le aliaba á los reyes separándole del pueblo. Luis Felipe ha restaurado lo que la acción del tiempo había destruido de las obras de sus antecesores y añadido establecimientos al gran palacio en donde todos los recuerdos se mezclan, enlazan y confunden.

No lejos de la estancia del Papa Pio VII, se enseña aun al curioso viajero en un retirado rincón, el gabinete abierto en la pared, que madama Maintenon, el tipo de la galantería en su juventud, había buscado para su retiro, huyendo la claridad del cielo, y consagrando sus últimos años á la mas exaltada devoción. Aun se ven en él las mismas sillas, la misma mesa, la misma cama de esta moderna Magdalena real; y espera uno al visitar su estancia verla aparecer de un momento á otro.

En las habitaciones de este palacio hay sangre: Cristina de Suecia asesinó á su querido Monaldeschi; Catalina de Médicis á sus amantes: hay amor, Enrique IV pasa allí sus deliciosos días al lado de la hermosa Gabriela; Francisco I hace de este palacio un templo de placeres y de galanterías, y descansa de las guerras con que disputa el dominio del mundo á Carlos V rey de España, en los brazos de Diana de Poitiers: hay poesía porque allí se reunían en corte de amor los poetas y trovadores de los siglos quince y diez y seis; y porque cuando Carlos V confiando en la palabra de caballero de su rival, osó atravesar la Francia, Francisco I le dió brillantes funciones en Fontainebleau, donde este emperador ocupó las estancias conocidas con el nombre de galería de los poetas. Hay sobre todo recuerdos de matrimonios reales, porque en 1609 César duque de Vendoma, fruto de los amores de Enrique IV y de la bella Gabriela, se casó allí con Francisca de Lorena, duquesa de Mercoeur, porque en 1670 María Luisa de Orleans, sobrina del rey Luis XIV, se enlazó por poderes allí con Carlos II rey de España, siendo causa del advenimiento al trono español de la casa augusta de los Borbones que hoy lo ocupa; porque Luis XV recibió allí la mano de Maria Leczinska, digna hija de Stanislaw, rey destronado de Polonia; porque allí el duque de Berri, hermano de Luis XVI se casó con la princesa Carolina Fernanda, hermana de la reina Cristina de España, porque en Fontainebleau Jerónimo Bonaparte, improvisado por su hermano rey de Westfalia se enlazó con la hija del rey de Wurtemberg.



berg, y porque allí se verificó el doble desposorio, según el rito católico y protestante, del duque de Orleans en 1837 con la princesa Elena, del duque de Orleans esperanza de la Francia, el mas cumplido rey que hubiera tenido la Europa, y que desgraciadamente pereció en 1842 de la caída de su carruaje casi á nuestra vista.....

En vano intentaría buscarse en este inmenso palacio un pequeño gabinete que no haya albergado una testa coronada ó destronada, una cama que no sea un tálamo nupcial, ó un lecho mortuario. Al recorrer tantas y tan vastas habitaciones, donde el lujo mas esquisito domina, según el gusto de las épocas de los príncipes á quienes sirvieron de morada, no puede uno menos de detenerse en la que habitó Catalina de Médicis: no es el recuerdo de los escándalos de aquel reinado, el que detiene allí inmóvil la planta del viajero, ni la suntuosa magnificencia con que está decorada aquella estancia que parece una estufa magnífica, tan sobrecargada se hallan sus paredes de pinturas al fresco de todas las plantas de la flora francesa, ni las esquisitas y brillantes barras de sus ventanas forjadas en el reinado de Luis XVI, sino un mal velador de caoba que podrá valer unos sesenta reales apenas, comprado de lance, y que contrasta con la suntuosidad régia de los muebles de aquella bella estancia. Aquel velador permanece sin embargo allí, porque es un monumento terrible de la historia de nuestros días. Nosotros nos aproximamos como todos cuantos le ven, con respeto á aquel velador... porque sobre aquel velador se habia firmado la abdicación del emperador Napoleon, porque aquel velador fué testigo de uno de los actos que han influido mas sobre la suerte del mundo. (*Véase la lámina*).

En frente de él se conserva en un cuadro de oro con marco primorosamente trabajado, el acta memorable que Napoleon firmó.

Nosotros vimos con religioso temor estas palabras, escritas convulsivamente por la mano del hombre que á su arbitrio levantaba un día y derribaba los tronos de la Europa.

*Habiendo proclamado las potencias aliadas que el Emperador Napoleon, era el único obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa, el Emperador Napoleon, fiel á su juramento declara, que renuncia por sí y sus herederos á las coronas de Francia y de Italia, no habiendo sacrificio alguno personal, aun el de su vida, que no esté dispuesto á hacer por el interés de la Francia.—Fontainebleau 11 de abril de 1814.*

NAPOLEON.

Nosotros vimos aun tachada una palabra repetida, repeticion escapada en la premura del momento; nosotros vimos sobre el papel un borron que corrió de su pluma al arrojarla despues con enojo. El velador conserva aun el violento golpe del cortaplumas que el ex-dueño del mundo dejó clavado en él, como el leon moribundo clava al espirar su desfallecida garra.

Todas estas circunstancias estan auténticamente comprobadas por un certificado en forma, sellado en el mismo velador con el sello real del duque de Berri, hermano de Luis XVI, uno de los príncipes mas interesados en este grande acto político.

Absortos delante del histórico velador, contemplábamos la agonía que debió sufrir el hombre colosal del siglo, al abandonar su inmenso poderio antes que escitar la guerra civil en su patria, cuando el redoble de los tambores y el sonido de las músicas, nos anunció la llegada de la escelsa princesa que tambien venia á recibir en ella la hospitalidad.

Inmenso, imponente, solemne fué el efecto de la escena en que la augusta desterrada se arrojó en los brazos del rey de los franceses, y en que toda su hermosa fami-

lia rodeaba llena de amor á la reina Cristina. Cuántos corazones se conmovieron admirados ellos mismos de su emoción! cuántos ojos que hacia tiempo no lloraban pudieran retener apenas lágrimas de ternura! La multitud que se habia reunido en el gran patio y en las calles para ver la llegada de la escelsa desterrada, como si hubiese querido dejar gozar tranquila de su felicidad á la familia real, se alejó despues silenciosamente de aquel palacio hospitalario de tantos reyes destronados, y nosotros al retirarnos ya cerca del anochecer del palacio, creíamos en medio de la exaltación que escitaban en nuestras almas sus recuerdos, ver al través de las góticas pintadas vidrieras de la galeria de Francisco I, al rey caballero presidiendo á la hospitalaria recepcion de la nieta de Carlos V, y en lo alto de la escalera del patio la sombría figura de Napoleon marchando á su destierro de la isla de Elba.

Francisco I, y Napoleon Bonaparte los dos señores del palacio de Fontainebleau, las dos colosales fantasmas que descuellan sobre las aéreas y ligeras sombras de tantas hermosas mugeres como reinaron un día en sus encantadoras estancias, que permanecen hoy intactas con las mullidas a fombas que hollaron sus delicados pies, los dorados sofás donde descansaban, las lunas venecianas donde se reflejaba su hermosura y las encantadoras bóvedas donde todo les recuerda sus amores de otro tiempo.

Cuantos van á visitar el palacio de Fontainebleau no se vuelven á París sin recorrer al menos ligeramente, una parte de su magnifico bosque. Compónese este de cuarenta mil estadales de tierra de árboles antiquísimos. Se halla limitado al oeste por el Sena, al medio dia por el canal de Briare, y tiene una estension de veinte y ocho leguas. Casi en el centro de este bosque se halla situado el magnifico palacio de Fontainebleau. Para visitar este bosque hay un cierto arte, un órden establecido fuera del que se tardaria muchos días y no se veria bien. Hay pues su itinerario del bosque impreso, dividido en cuatro jornadas para los que quieran visitarlo á la ligera, y en ocho para los que deseen admirar detenidamente todas sus bellezas, y hay guías que hacen la ocupación principal de su vida en enseñar el bosque á los numerosos viajeros que de todas partes vienen á recorrerlo.

No es fácil hacer en un ligero artículo su exacta descripción, solo diremos á nuestros lectores del Museo que nada hay tan encantador como el visitar por la mañana temprano el bosque de Fontainebleau cuando los pajarillos gorgcean, brilla el sol y todos los puntos de vista se extienden á lo infinito delante de nuestros ojos, encantados con tan bello espectáculo, cuando todos aquellos grandes peñascos amontonados debajo de árboles seculares toman mil fantásticas formas, dando al bosque el aspecto del llano en que los Titanes intentaron batirse contra Júpiter amontonando montes sobre montes para escalar el cielo. El bosque de Fontainebleau está lleno de bellezas, y de misterios, de ruido y de silencio de luz y de oscuridad. Vénse allí cavernas profundísimas, estrechas sendas serpenteando dulcemente en la sombra sobre un florido cespéd, ondas de arena que se escapan por entre las hendiduras de las rocas, una gota de rocío que cae de otras murmurando suavemente, mil extrañas y pintorescas situaciones de formas extraordinarias que debieron de haber quedado en la tierra despues del diluvio que destruyó casi todas las obras de la creación. A cada paso que se dá en el bosque se halla uno con estas novedades tan antiguas como el mundo, y de un efecto colosal y gigantesco.

Los artistas, los poetas, los románticos, los enamorados, que son los mas grandes poetas, tienen una mina inagotable con el bosque de Fontainebleau.

En medio de esta admirable confusion de rocas hay



corpulentísimas encinas, muchas de ellas del tiempo de san Luis, de Carlo Magno y de Clodoveo; hay calles muy bien enarenadas sobre alturas inaccesibles, y en el fondo de profundísimas gargantas. A la sombra de pinares inmensos, de álamos corpulentos, abetos y toda clase de árboles, entre las cañas, sobre el musgo y sobre la arena, entre el graznido de los cuervos, y los trinos dulces del ruiseñor, se oye el silvido de la culebra que ostenta al sol sus pintados colores, ó el tímido grito del gamo que huye veloz despues de haber fijado por un momento su vista en el pasajero. Entre esos magníficos y sublimes horrores de la naturaleza cubiertos por una fresca sombra hay sitios de recuerdos históricos, sobre los que hay curiosas leyendas. En Franchard enseñan aun las ruinas de un monasterio: se conserva aun una ermita donde se cree uno transportado en medio de los vastos desiertos de la América septentrional, por un lado un inmenso amontonamiento de rocas gigantescas, por otro simas profundas, y en todas partes un sombrío horizonte de bosques y desiertos. Hay allí un pozo muy curioso de 1996 pies de profundidad: el martes de pascua de Pentecostés se celebra allí una famosa romería, y concurren de muchos pueblos á la redonda.

La roca que llora es una de las curiosidades que deben visitarse. Es una alta montaña colocada sin arte alguno en medio de otras de menos altura. Alrededor de esta roca todo es desolacion, silencio, aridez, siéntese uno con sed tan solo al verse en medio de este arenal, y de estos áridos peñascos. Oyese el argentino sonido de una gota de agua que pacíficamente cae de una altura que apenas puede medir la vista. Es una extraña perla que se desprende de esta inmensa roca, esta gota de agua pura que sale murmurando de un enorme granito. Diríase que era un antiguo gigante anti diluviano que llora y oculta sus lágrimas. En todo tiempo, en todas las estaciones, en el calor del estío, en los mas asperos hielos del invierno, la misma roca dá eternamente la misma gota de agua pura é inalterable, una sola gota, nunca mas, ni nunca menos. Este sitio es imponente, soberbio, magnífico pero guárdese el imprudente viajero de pisar los huéspedes que le habitan.

Guárdense, porque la vívora de pintados y brillantes colores duerme enroscada bajo las piedras calentadas por el sol. Infeliz del que la despierta! Terribles son sus heridas, las hay de varias especies y llevan estas vívoras la misma denominacion del bosque. Vívoras de Fontainebleau. Un viage al bosque de Fontainebleau es un viage á la Suiza y á los Alpes en miniatura. El que haya recorrido como nosotros esos paises no podrá menos de reconocer igual semejanza de algunos efectos de las rocas con los de las de la Suiza; cuando las nubes vienen en blanquísimo vapor á coronar sus puntiagudas crestas, la ilusion es completa.

La reina Cristina permaneció dos dias solos en Fontainebleau, marchando desde allí á París á habitar el magnífico Palacio de Richelieu, conocido con el nombre de *Palais royal*, propiedad particular del rey de los franceses como gefe de la casa de Orleans.

Nosotros antes de regresar á París fuimos á la pequeña aldea de Avon, notable solo porque en su parroquia se halla el sepulcro de Monadelchi. Cerca de la pila del agua bendita se halla la piedra tumular del desgraciado marqués asesinado por su real amante, es de cerca de 18 pulgadas de largo sobre 15 de ancho. Solo se leen en ella estas palabras: *CI-GIT MONADELXI*.

La única inscripcion para el amante favorecido de una reina, que hizo atravesar con una espada, y casi á su vista, el corazon que por tantos años habia formado su encanto y delicias. Monumento terrible del valor de la privanza de los reyes y de la inestabilidad de las pasiones humanas!

JOSÉ MUÑOZ MALDONADO.

## EL REYEZUELO.

El reyezuelo es el mas diminuto de nuestros pájaros. Los hay de muchas clases y así se les da diferentes nombres, segun tambien las diferencias poco perceptibles ó al menos poco notables que existen en su especie. Su pico es delgado, corto y un poco comprimido, los agujeros de su nariz cubiertos de una plumilla muy fina, su lengua cartilaginosa muy puntiaguda, áspera por su extremo y las alas cortas. Nuestro grabado representa en el nido á uno de estos pajarillos que en marzo aparece el primero y desaparece en octubre. El color del fondo de su pluma es verde oliva algun tanto oscuro; pechuga y garganta pajiza y el vientre blanco tirando á pardo. Por un contraste bastante notable el reyezuelo fabrica su nido en la tierra, en el corazon de algun enmarañado jaral y entre ojas secas, y lo hace con plumion, y tan pequeño que facilmente se oculta á los ojos de los mas prácticos y perspicaces. Los ingleses le llaman *chiff-chaff* cuyo nombre reproduce con bastante exactitud el ruido que produce su gorgoeo. En Francia se le designa bajo el de *tip-tap*, tambien por una imitacion de su canto, cuyos sonidos repite siete ú ocho veces y con la mas grande precipitacion y volubilidad, y en España le designamos con el nombre de *reyezuelo*.



Nido de reyezuelos.